4-20-9-30

JOYAS PRUSIANAS

POEMAS

DE

E. HEINE

POR

MANUEL MARÍA FERNANDEZ

Donado á la Biblioteca
Universitaria de Granada,
en memoria del malo-
grado poeta
BALTASAR MARTINEZ DÚRAN.

MADRID
IMPRENTA Á CARGO DE J. VELADA
PLAZA DE MATUTE, NÚM. 5
—
1873

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA
Sala: C
Estante: 001
Número: 017 (70)

INTERMEDIO

REGRESO Y NUEVA PRIMAVERA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE GRANADA

C 118 81 (2)

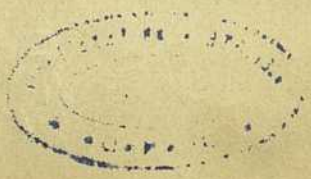
BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA
Sala: C
Estante: 001
Número: 097 (70)

INTERMEDIO

REGRESO Y NUEVA PRIMAVERA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE GRANADA

C
148
81 (2)



B. 35. 531

C.D. 83

JOYAS PRUSIANAS

INTERMEDIO

REGRESO Y NUEVA PRIMAVERA

POEMAS LÍRICOS

DE ENRIQUE HEINE

INTERPRETACION ESPAÑOLA

PRECEDIDA DE UN ESTUDIO BIOGRÁFICO DEL POETA

POR

MANUEL MARIA FERNANDEZ Y G.

Donado á la Biblioteca
Universitaria de Granada,
en memoria del malo-
grado poeta
BALTASAR MARTINEZ DÚRAN.

MADRID
IMPRENTA Á CARGO DE J. VELADA
PLAZA DE MATUTE, NÚM. 5

1873

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
GRANADA

ENRIQUE HEINE.

ESTUDIO BIOGRÁFICO.

En la primera mitad de este siglo á prueba de emociones y de contrastes; en la historia literaria de ese gran pueblo considerado como cerebro de Europa, resplandece un genio audaz que representa, no á ese pueblo, no una gran causa, sino los males de ese período turbulento en las esferas de la inteligencia; un espíritu admirable como funesto, un poeta volteriano cuya musa es la ironía, un poderoso iniciador de la idea moderna en Alemania, cuyo estudio fuese importante, al ménos, como episodio del pensamiento público europeo.

La nueva Alemania disimulaba en vano su impaciencia por dar un paso del dominio de la abstraccion al de la vida real. Un principio nuevo se volvia contra la serena y magestuosa calma de lo

maestros; una transformacion extraña amenazaba con ímpetu á los antíguos templos de la filosofía y del arte; el choque de las aspiraciones más encontradas, la confusion más extrema, las protestas más terminantes, las vacilaciones más singulares, la inquietud, la duda, el desconcierto, el desasosiego: tales eran los caractéres de la generacion sucesora de Hégel y de Goethe; tales los compendiosos rasgos de aquel período interesante, si falto de armonía, por el movimiento y por los esfuerzos de esa vida aventurera.

Enrique Heine reasume este período y sorprende sus secretos. Pensador libérrimo, caprichoso humorista, imaginacion traviesa y novelesca, parecia dispuesto á sacar partido de aquella situacion anómala. Era «un ruiseñor aleman que fabricó su nido en la peluca de Voltaire,» segun su propia frase, ó bien (lo que es curioso en su boca) «quien ha articulado la cancion postrera en los libres y primaverales bosques del romanticismo.»

La escuela de los Novalis y los Brentano, llamada á la sazon romántica, pugnaba por despertar el sentimiento de la Edad Media y oponer á la poesía erudita la inspiracion popular; no obstante, ora incurriendo en estrechas sutilezas, ora imitando sin arte cuanto de brusco encerraba

aquella literatura, erraron por lo comun la senda de esta reforma emprendida con tan loable perseverancia. Era necesario para tamaña empresa, en el sentir de Heine, un nuevo procedimiento que reuniese claridad intensa, desempeño plástico, por decirlo así, contornos fijos y pronunciados, á la vaguedad de las imágenes del romanticismo. Era necesario, segun sus mismas palabras, que la musa de Alemania volviera á ser la jóven alemana, libre, comunicativa, pura y sin afeites; «ni monja descaecida, ni castellana del feudalismo antiguo orgullosa de sus mayores.» Enrique Heine queria que la emocion hablase por sí sola, que se evitara todo estilo metódico ó solemne, que el sentimiento brotase espontáneamente del corazon como el manantial de la roca.

Dulce y tierno como Novalis, profundo como Klopstok, ligero como Wieland, sensible como Schiller, maestro como Goethe, temerario como él solo, apártase en efecto de la escuela histórica y de la tradicion germana, y del sonambulismo romántico, y de las preocupaciones de la literatura sábia. Por su temperamento, por su ideal, es casi griego; pero sus inspiraciones quieren ser populares. La armonía, condicion suprema del arte y de la vida, le es agena de tal modo, que sólo pudiera coordinarlas una pasion, mas sin

freno, y una ironía constante, quizás venganza de un entusiasmo estrellado contra la realidad, acaso el tránsito de un espiritualismo ciego á los desórdenes del pensamiento. «Despues de Byron y de Goethe, escribe un publicista francés á propósito de Enrique Heine, carecen las literaturas extranjeras de un poeta que oponerle, y Alemania, que lo maldice admirándolo, ha experimentado su influjo todavía más de lo que se piensa (1). »

Heine ha derribado, es cierto, la escuela histórica, así como aquel sentimentalismo afectado de los poetas de la Suabia, reivindicando los fueros de la verdadera poesía y dando culto á la forma con devocion casi helénica; mas por su misma universalidad, por su indomable genio, ni ha creado un sistema ni abierto nuevo campo á la imaginacion: bástale haber proscrito el aparato lírico desplegado por los maestros volviendo el rostro á la belleza antígua, acusando la corruptela y exhibiendo su propia fisonomía, nunca estéril para la crítica, ante la cual jamás carece de importancia ningun poeta ó pensador del mundo

(1) Saint-René Taillandier, *Écrivains et poètes modernes*, prólogo.

capaces de revelar un tipo original, un temperamento nuevo.

El 15 de Enero de 1835 escribió Enrique Heine á M. Philarete Chasles una carta que suministra los principales datos de su biografía, datos sobrios, concisos, pero que encierran el mérito de la autenticidad más completa por su orígen. Esta carta fué publicada en las columnas de la *Revista de París* en Marzo del mismo año, y posteriormente, en 1867, en la coleccion de todos sus escritos.

"Nací, escribe, el año de 1800 en Dusseldorf, ciudad sobre el Rhin, ocupada por los franceses desde 1806 hasta 1814; de modo que he respirado en mi niñez aire de Francia (1). Recibí mi primera educacion en el convento de franciscanos de Dusseldorf; más tarde entré en el Gimnasio (2) de esta ciudad, que se llamó entónces Liceo. Allí cursé todas las clases de Humanidades, distinguiéndome en la superior, donde enseñaban filosofía

(1) En otra época escribe el mismo Heine que, segun su partida de bautismo, nació el 12 de Diciembre de 1799; pero sin duda prefiere la otra fecha cuando dice: "Nací en 1800; soy uno de los primeros hombres de este siglo."

(2) En Alemania se aplica esta palabra á los establecimientos de educacion científica de orden secundario é intermedio entre la escuela elemental y la Universidad ó Academia.

el rector Schallmayer, poetas clásicos Kramer, matemáticas Brewer, el abate Daulnoie retórica y poética francesas. Estos viven todavía, excepto el primero, sacerdote católico que me miró con mucho interés sin duda por ser hermano de mi madre el consejero áulico de Geldern, famoso médico á quien debió la vida. Era mi difunto padre un rico negociante: mi madre, señora distinguida, vive todavía, retirada del mundo.»

Despues de hablar del resto de su familia (1), prosigue de este modo:

(1) En esta carta se limita á citar el nombre de su tio Salomon Heine, filántropo aleman, cuyo recuerdo encierra toda la gloria con que la sociedad venera á los aristócratas del capital que consagraron su vida á las buenas obras. Este rico judío, que dejó á su muerte 41 millones de francos, no obstante haberse establecido en Hamburgo sin riqueza alguna, contribuyó en gran parte á mantener el crédito de la ciudad despues del incendio en 1842, instituyó un establecimiento que prestaba sin interés dinero á los trabajadores *cualquiera que fuese su religion*, y prestó eminentes servicios, á pesar de los cuales nunca tuvo derecho de ciudadanía en Hamburgo, ni la corporacion del Comercio quiso admitirle en su seno como miembro por su condicion de judío. Tan ingrata fué la conducta de su país para con un hombre que legó á su muerte crecidas sumas para la reconstruccion de dos templos, para las casas de beneficencia, para la asociacion encargada de enseñar oficios á los hijos de israelitas necesitados y para los pobres *de cualquier confesion cristiana*. Perdónese

"Interrumpidos mis estudios por caprichos novelescos, por ensayos de establecimiento, por el amor y otras enfermedades, continuaron el año 1819 en Bonn, en Gœttingue y en Berlin, donde he vivido en la intimidad de los hombres más distinguidos en las ciencias y donde he sufrido todo género de padecimientos, entre otros, el de un sablazo en los riñones que me administró un tal Scheller, de Dantzig, cuyo nombre no olvidaré porque es el único que ha sabido herirme del modo más sensible.—He estudiado por espacio de siete años en las Universidades que cito, y en Gœttingue, adonde volví, tomé el grado de doctor en derecho despues de un exámen privado y de una tésis pública, en que el célebre Hugo, á la sazon decano de la facultad de Jurisprudencia, no me perdonó la más pequeña formalidad escolástica. Aunque esta circunstancia os parezca fútil, le ruego la tome en cuenta; porque en un libro que acaban de publicar en contra mia se sostiene que he comprado mi diploma. Esta es la única mentira que quisiera ver desmentida entre todas las que circulan impresas respecto á mi vida privada. ¡Hé aquí el orgullo del sabio! que digan que soy bastardo, hijo del verdugo, salteador de caminos, ateo, poetastro: de todo eso me rio; pero me desgarra el corazon que me disputen mi dignidad de doctor (y aquí entre nosotros, aunque

---

esta nota minuciosa, pues que en ella se demuestra á dónde llega ó llegaba la preocupacion religiosa en Alemania en la época de Enrique Heine: rasgo que explicaria algun tanto la irritacion del poeta volteriano contra todo linage de intransigencias é hipocresías.

doctor en derecho, de cualquier cosa sé más que de jurisprudencia).»

Hablando de sus primeros pasos en la árdua senda literaria, en que tantos laureles ha conquistado más tarde, escribe á continuacion como sigue:

«He compuesto versos desde la edad de diez y seis años (1). Mis primeras poesías vieron la luz en Berlin en 1821. Dos años despues aparecieron nuevas poesías con dos tragedias, una de las cuales fué ejecutada y silbada en Brunswick, capital del ducado del mismo nombre. En 1825 apareció el primer tomo de los *Reisebilder* (2); los otros tres tomos se publicaron pocos años despues en casa de Hoffmann y Campe, mis editores de siempre. Desde 1826 hasta 1831 he vivido alternativamente en Lunemburgo, en Hamburgo y en Munich, donde redacté los *Anales Políticos* con mi amigo Lindner, y durante los intervalos viajaba por el extranjero. Siempre, desde mis doce años, he pasado el otoño á orillas del mar del Norte. Adoro al mar como á una querida y he cantado sus caprichos: estas poesías se contienen en la edicion alemana de los *Reisebilder*...»

En 28 de Junio de 1825 abjuró del judaismo en Heiligenstadt, haciéndose luterano. Los antepasados de Enrique Heine fueron judíos, cuya as-

(1) Entónces fué cuando escribió *Los dos Granaderos*.
(2) Cuadros de viaje.

cendencia le era poco lisonjera; pero no obstante echarle en rostro sus enemigos la opinion de ateo, declara en sus escritos que pertenece á la confesion evangélica, aunque sin mucho engreimiento. «Más bien, escribe en su peculiar estilo, me humillaba el pasar por una criatura simplemente humana, cuando el filósofo Hégel me habia hecho creer que era Dios.» En otra carta explica de este modo su propension luterana: «Esta tendencia, es cierto, ha podido arrastrarme á veces demasiado léjos, porque el protestantismo no era para mí tan sólo una religion liberal: era tambien el punto de partida de la revolucion de Alemania, y á la confesion de Lutero pertenecia por acta de bautismo como por un entusiasmo batallador que me llevó á tomar parte en las luchas de esa Iglesia militante.» Con esto y con sus simpatías panteísticas, fórmase idea bastante de sus creencias.

La filosofía de Hégel, combinada con la de Spinoza, le engendró, aunque parezca opuesto y contradictorio, una indiferencia universal que le hacia jugar con todos los sistemas, al propio tiempo que una audacia revolucionaria allende el límite de lo justo. Propasado por ese ardor tribunicio, por esa fiebre que no se calma sino aspirando el humo de las ruinas, ya miraba al Cristianismo

como «el período mórbido del género humano,» ya le llamaba «la triste religion del Miércoles de Ceniza que marchita las flores y puebla el mundo de espectros,» ya predicaba la rehabilitacion de la carne tratando de oponer á la cristiana «la religion de la primavera y de la alegría,» ya, en fin, tocaba las márgenes del sansimonismo, por más que rechazara semejante aserto, de un modo censurable en nombre de la moral y del buen criterio (1). Pero hablemos del poeta.

"No he fumado nunca, prosigue aquella carta, ni me gusta la cerveza: en Francia es en donde he comido la primera *choucroute* (2). En literatura todo lo he probado: he hecho composiciones líricas, épicas y dramáticas; he escrito sobre artes, sobre filosofía, sobre teología, sobre política... ¡Dios me lo perdone! Doce años há que me discuten en Alemania, donde me alaban y me

(1) A pesar de todas las calumnias, véase desmentido el falso testimonio de ateo con las siguientes palabras del mismo Heine: "Bástame ver á alguno discutiendo sobre la existencia de Dios, para sentir en mi adentro una inquietud tan rara, una opresion tan extraña, como la que una vez me produjo en Lóndres, visitando á New-Bedlam, el verme abandonado por mi acompañante enmedio de multitud de locos. Dudar de Dios es dudar de la misma vida."

(2) Berza ácida, preparacion del repollo, muy usada en el Norte.

escarnecen, pero siempre con pasion y sin descanso: allí me estiman, me aborrecen, me deifican y me injurian. Hace ya unos cuatro años que no oigo un ruiseñor aleman.»

Tales son los principales párrafos de la carta de Enrique Heine publicada en la edicion francesa de sus obras bajo el título de *Bosquejo autobiográfico*. Para llenar los espacios limitados por tan someros contornos; para inquirir la altiva fisonomía de este célebre innovador de las letras alemanas, hay que acudir á la fuente de sus escritos y al testimonio de publicistas contemporáneos, huyendo siempre con especial cautela del dictámen de sus contrarios, que lo eran muchos y no con leve acrimonia, tratándose de un poeta privilegiado que de todo, hasta de sí mismo, hacia constante blanco de su sátira aristofánica (1).

Enrique Heine descubre un carácter ingénuo, caprichoso, chispeante, alegre y melancólico al propio tiempo, al propio tiempo burlon y casi

(1) Un escritor que á vuelta de un tiroteo no bien disimulado quiere tener sus puntas de imparcial, resume de este modo: «Escritor y poeta de primer orden, Enrique Heine habia sido llamado por algunos el Voltaire de Alemania: tuvo muchos admiradores; mas pocos ó ningun amigo.»

inofensivo. Cuando en su niñez leia las aventuras de Don Quijote, esa caricatura sublime de la nobleza humana, lloraba de cólera con frecuencia al ver tan mal pagado el heroismo del valiente hidalgo. En el convento de franciscanos de Dusseldorf, donde sus primeros años transcurrieron, contemplaba con piedad un Cristo grande de madera, cuyas dolorosas miradas penetraban hasta su alma y cuyo recuerdo no puede ménos de palpitar en su corazon más tarde, cuando ataca lo más santo y venerable en nombre de la filosofía de Hégel.

Es la sátira su pié forzado, su conclusion extrema: si, como dijo alguno con donaire, se vuelve serio, grave, sentimental, profundo durante algunas estrofas, pronto se burla él mismo de su emocion, pronto se enjuga el llanto con su manga de gracioso ornada de colores y excita á la jovialidad sonando sus cascabeles.

No es tampoco su ironía dardo emponzoñado: es una ironía que esconde bajo sus golpes un resto de ternura y conmiseracion. Las impresiones de su niñez no mueren con el transcurso del tiempo. Al través de su cólera, enmedio de su amor á Francia, no obstante sus ataques á los «fariseos de la nacionalidad alemana,» como llama á los patriotas llevado de su exaltacion,

recuerda constantemente «los treinta y seis estados de su querida patria,» orgulloso de haber nacido á orillas del Rhin, «á orillas de ese hermoso rio donde brota la locura sobre verdes montes.» El hijo de Dusseldorf blasona de un patriotismo *sui generis:* «Por este amor á mi patria, escribe en cierto lugar, he vivido tantos años en el destierro; por este amor á mi patria viviré en él acaso el resto de mis dias, sin lloriqueos ni contorsiones de mártir (1).»

Enrique Heine ama á Francia con entusiasmo; pero con entusiasmo político ó de raza. Los ejércitos franceses que ocupaban el país durante su tierna edad, eran á su juicio los misioneros de los principios del 89. En 1815 cae Napoleon I, el héroe casi leyendario de Enrique Heine, derrotado en las inmediaciones de Waterloo; Europa coaligada triunfa de los franceses; Alemania rompe en aplausos; empero nuestro poeta, que apénas contaba diez y seis años, escribe *Los Granaderos*, en cuyos sentidos versos dibuja la apoteosis del emperador (2). No se le oculta más

(1) Prólogo de su obra *Germania*, escrito en 1844.

(2) El argumento ó la idea de esta breve composicion tiene mucha poesía: dos granaderos que de Rusia vuelven, saben la triste nueva. Derrotado el ejército,

tarde al autor de ese cuento de invierno intitulado *Germania* la imputacion de blasfemo de la bandera alemana con que habrian de herirle los buenos patriotas, á los que en un trasporte de platonismo revolucionario dirige estas palabras: «Honraré vuestra bandera cuando lo merezca y deje de ser juguete de locos y trapaceros. Plantadla sobre la cumbre del pensamiento aleman, haced que sea el estandarte de la humanidad libre, y derramaré por ella hasta la última gota de mi sangre (1). »

---

prisionero el emperador, uno de aquellos quiere continuar su marcha hácia el hogar donde le esperan mujer é hijos; el otro siente abrirse sus heridas, y le encarga que si se muere lleve á Francia su cadáver, coloque la cruz de honor en su pecho, el sable al lado, el fusil en la mano: «De este modo, le dice, esperaré en la fosa de centinela hasta oir el estruendo de los cañones y el relincho de los caballos. Entónces, cuando pase por mi tumba el emperador, me incorporaré con mis armas en defensa del emperador, del emperador, del emperador!»

(1) Poco más adelante explica de este modo su amor á Francia: «Estimo á los franceses como á todos los hombres que sean buenos y razonables y porque no soy tan necio ni tan malvado como para desear que los alemanes y los franceses, esos dos pueblos predilectos de la civilizacion, se rompan la cabeza á beneficio de Rusia y de Inglaterra... »

Hé aquí la clave de su poco amor al país: la libertad política, ese medio de obtener el bienestar comun y el progreso, truécase de este modo en el fin supremo de la humanidad. Enemigo de su patria porque no realiza la libertad con que sueña, luterano porque mira el protestantismo como el punto de partida de la revolucion, pretende subordinarlo todo á un ideal secundario contra los sentimientos innatos de ese género humano á cuya redencion aspira. El nombre de Enrique Heine figura tristemente en la historia del fanatismo político, á la que tanta abundancia prestan sucesos posteriores (1).

Sus obras, pues, no pudieron ménos de irritar

(1) Despues de los últimos sucesos, no deja de ser curioso conocer la opinion de este poeta, que murió en 1856, respecto á la Lorena y la Alsacia. Enrique Heine creia muy difícil la incorporacion de estos países á la Confederacion Alemana por su adhesion á Francia, resultado de los derechos civiles que obtuvieron de la Revolucion francesa y de otras varias franquicias. "Los loreneses y los alsacianos, escribia en 1844, se unirán á Alemania cuando terminemos lo comenzado por Francia, la gran obra de la Revolucion, la democracia universal!... Entónces no sólamente la Alsacia y la Lorena, sino la Francia entera, la Europa y el mundo entero serán nuestros!" El cañon Krupp no ha respetado el parecer de Heine.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE GRANADA

á los alemanes; la sátira del poeta desconcertaba los corazones tudescos y heria cruelmente al teutonismo. Persecuciones oficiales, denuncias, todo género de contratiempos amargaron su existencia: «He salido vencedor, decia, de la crísis más terrible atravesada por los literatos de Alemania. La generacion actual tiene más suerte, y vosotros, escritores franceses, nó sabeis apreciar bastante vuestra fortuna.» Más ó ménos transigente hasta 1830, la revolucion de Julio lo despierta, lo embriaga, le da á conocer de nuevo «lo que quiere, lo que puede y lo que debe:» publicó cierto libelo en Hamburgo y emigró á París en Mayo del 31.

Hora es ya de reseñar las obras y concretar los datos más importantes de la vida del escritor prusiano. De acuerdo con sus apuntes, comenzó á estudiar jurisprudencia el año 1819 en la universidad de Bonn, pasó más tarde á Gœttingue y de Gœttingue á Berlin, en donde, teniendo á Hégel por maestro, se dedicó á la ciencia filosófica. Grande amistad contrajo con sabios y con artistas, como el filósofo Bopp, el jurisconsulto Gans, Chamisso y Grabbe, escritores, y otros muchos. Entónces, en 1821, publicó el primer tomo de sus poesías, que intituló *Junge Leiden* (juveniles tormentos ó dolores), cuya tibia acogida le

dió tal pesadumbre, que volvió á Gœttingue á continuar su interrumpido estudio del derecho.

Nuevo tropiezo esperaba al inexperto ingenio con motivo de sus ensayos dramáticos, en los que, fuese ó no merecido el contratiempo de *Almanzor* y de *Ratcliff*, se encuentra una prueba más de su talento lírico. El teatro aleman atravesaba entónces por un período de confusion moral y de imitacion shaksperiana: esa boga alcanzada por los dramas fatalistas de Werner, de Inmermann, de Houwald, de Mullner y de otros varios, tán zaheridos por el conde Platen, demuestran lo bastante el desorden, apocamiento y falta de espontaneidad de los contemporáneos de Heine. Era éste profundo admirador de Cárlos Inmermann, en quien hallaba superiores dotes de dramaturgo; pero no le era dado el sentimiento vasto, ameno y por decirlo así, universal, que penetraba en las creaciones de su modelo: « La monotonía es el gran defecto de mis obras, confesaba Heine; mis dramas y mis poemas no son más que variaciones de un mismo asunto. »

Almanzor, tragedia cuya accion pasa en España en el siglo xv, despues de la conquista de Granada, tiene más de novela que de drama y adolece de falsas imitaciones del maestro inglés. Califícala el poeta de una breve tragedia, cuya idea

fundamental es una trasformacion del *fatum* ordinario, de un poema dramático que encierra polémicas religiosas, de una série de poesías humorísticas en popular estilo y de otras cosas parecidas; mas no sólo es obra impropia de la escena, sino que ataca la idea cristiana y aun establece el absurdo de que el amor profano es superior á todas las religiones. Al público del teatro nacional de Brunswick tocó el silbarla en Agosto de 1824, sin que volviera á las tablas; y aunque á tanto contribuyera, segun testimonio amigo, haberse equivocado un oficial de la guarnicion, creyendo fuese autor de la tragedia cierto usurero odioso de apellido igual, y capitaneado la protesta que impidió se oyera con su estrépito, ningun otro coliseo trató de hacer en adelante experimento nuevo.

William Ratcliff, cuya accion pasa en Escocia y en nuestros dias, y cuyo protagonista es un jefe de bandidos, no fue representada acaso por temor de análogo desastre; y ¡cosa extraña! el popular poeta, el maestro de la forma lírica, el genio hoy coronado por aclamacion del mundo literario, miraba con tanto amor estos ensayos que los creia no ménos que inmortales: triste, pero muy frecuente achaque de talentos superiores. Tan mala suerte cupo á este conato de imitacion de

Shakspeare, que á la sazon era escuela, moda ó monomanía, si se recuerda el curioso manifiesto *La Shaksperomanía* que publicó Cristian Grabbe, no obstante su poco limpia historia en el asunto, en que recomendaba estudio del teatro griego é imitacion de la Melpómene francesa.

Estos dramas de Enrique Heine que, á pesar de todo, merecen bastante aprecio á publicistas muy doctos, vieron la luz pública en 1823 formando un tomo de poesías que intercalaba entre las dos tragedias un poemita lírico intitulado *Intermezzo*, joya de inestimable precio, modelo y monumento del arte subjetivo en nuestra edad. El asunto de esta série de brevísimas canciones entrometida, cual si el autor quisiera contrarestar con estas el mal efecto de aquellas, no puede ser más comun: es el amor, el amor profano, que amanece risueño como el dia y que prorumpe en lágrimas por la tarde; es la misteriosa esfinge de la pasion humana que con sus besos deleita y con sus garras devora; una jóven que amaba á uno y que se casa con otro: tan natural, tan breve es el asunto que inspira al célebre poeta. «Ni los griegos, opina un crítico, ni los romanos, ni Mimnermo, que la antigüedad creia superior á Homero, ni el dulce Tibulo, ni el ardiente Propercio, ni el ingenioso Ovidio, ni Dante con su platonismo, ni Petrarca

con sus *concetti*, han escrito nada que se le iguale. Para encontrar algo análogo, habria que remontarse al *Cantar de los Cantares*, á la magnificencia de las inspiraciones de Oriente (1). »

Los *Reisebilder* ó *Cuadros de viaje* aparecieron desde 1825 hasta 1831 en la ciudad de Hamburgo, no sin costar al poeta una visita á Inglaterra y al pintoresco suelo italiano, en donde halló gran copia de materiales para los cuatro tomos de su obra; la cual, poema de lo real y voz de la democracia, obtuvo un éxito extraordinario. Favorecido por el aura pública, alentado por el suceso, coleccionó entre tanto sus poesías retocando y áun suprimiendo algunas para imprimir el *Libro de los Cantos (Buch der Lieder)*, que se publicó en 1827, fue leido con avidez por los hamburgueses, propagado entre la juventud universitaria y extendido por toda Alemania con general aplauso.

Estas dos producciones vienen á dar idea de la revolucion que amaga á las letras alemanas bajo la iniciativa de Heine. Comienza, pues, el *Libro de los Cantos* con elegías amorosas, cuyo acento es á veces delicado y tierno como la voz infantil, potente á veces como el trueno. Siguen las ba-

(1) Gérard de Nerval, *Revue des deux mondes*, 15 Sept. 1848.

ladas *Don Ramiro*, *Los Granaderos*, *Los dos hermanos*, cuyo perfume poético no se hallaria sino en los versos de la juventud de Goethe, y á continuacion destaca el *Intermezzo*, que es sin duda la primera inspiracion del libro; mas le sucede otra série no ménos caprichosa y extraordinaria, como lo es el *Regreso (Heimker)*, complemento digno del *Intermedio*. El *Regreso* es poema de amargura: el poeta, de vuelta de su viaje, ve de nuevo los lugares que presenciaron la malograda historia de su amor, y estalla y desespera; es el reverso del llanto, de la queja sumisa del *Intermedio*. La naturaleza ha perdido el sereno encanto que tuviese: la tempestad, el abismo, lo siniestro, lo sombrío, eso no más le preocupa; mas de improviso, ¡cuánta ironía! ¡qué incisiva! ¡qué pensamientos tan delicados! Porcion de ensueños, de pesimistas delirios, de baladas y aun de leyendas católicas termina, en fin, el *Libro de los Cantos*, que tambien publica esta otra série: *La mar del Norte (Nordsee)*, cuyas estrofas, que tienen la grandeza del Océano, revelan á qué alto grado interpretaba el escritor prusiano la poesía del Norte y la tradicion del Báltico.

No es posible calcular el efecto producido por este libro en que lo vulgar, lo sublime, lo humano, lo divino, todo estaba mezclado; pero

siempre con la magia de un talento lírico inimitable. Un escritor de aquel tiempo ha dicho despues de admirar el *Libro de los Cantos:* « Desde el profesor que enseña dentro del áula hasta el soñador que vaga por el bosque, no habia nadie que pudiera permanecer insensible á una poesía de esta naturaleza. »

No causaron por cierto admiracion menor los *Cuadros de viaje*. Enrique Heine emprende su expedicion recreativa, sale de Berlin, recorre montes y valles, visita las cordilleras de Harz, atraviesa varias comarcas y pisa el suelo toscano, encontrando á cada momento motivo para sus raras inspiraciones. El criterio, la idea dominante en ellas no es más que la democracia, la adhesion á Francia y el entusiasmo por las grandezas del Consulado y del Imperio, á título de lo cual asesta violentos golpes al teutonismo, perseverante en su marcha regeneradora: de Francia y de Napaleon nadie ha hablado como este libro. Sus páginas revelan maravilloso talento y contienen sobre política reflexiones de tanto alcance que arrebataban la imaginacion alemana. Los *Cuadros de viaje* serán tenidos como dechado de inspiracion, de estilo y de poesía: la posteridad, agena á esas pasiones que tuercen el raciocinio, coronará la frente del poeta.

Desde 1826 hasta 1830 visitaba Enrique Heine la Italia y la Inglaterra, agregando nuevos cuadros á los ya famosos *Reisebilder*. Entre tanto residió en Hamburgo, en Luneburgo, en Magdeburgo y en Munich, donde escribió los *Anales Políticos*, que por entónces no carecian de importancia. En Mayo del 31 se estableció en París, habiendo sido comprendido cuatro años despues en las medidas que adoptó la Confederacion para con los miembros de la *Jóven Alemania* (1).

Durante los dos años que siguen á la revolucion de Julio, se encarga de narrar en *La Gaceta de Augsburgo* los acontecimientos de Francia y las luchas de los partidos. Enrique Heine da tregua á su impaciencia y hasta se opone á los extremos revolucionarios; pero ¡notable contradiccion! su voz retumba con el eco del tribuno: en vano aparece benévolo para Luis Felipe y favorable á un régimen liberal sensato; no es posible, en conclusion, penetrarse de lo que acepta ó rechaza. Estos escritos, coleccionados más tarde bajo el nombre de *Francia* ó *Estado de la Francia* (París-1833), no son clásica historia de aquel

(1) El libelo que se le atribuye, publicado en Hamburgo en 1831, se titulaba *Kahldorf ó Cartas sobre la nobleza*, dirigidas al conde M. de Moltke.

período, cosa de no exigir á un humorista que puede ser que buscara disimular con la forma lo que en el fondo hubiese; pero en cambio contienen páginas instructivas que arrojan clara luz sobre la vida pública, revelan al escritor de buen gusto y reproducen fielmente la turbulencia de aquellos años.

Poco más tarde aparecieron los dos tomos *De la Alemania*, que llevan el mismo título que la obra de la espiritual autora de *Corina*. Madame Stael, llevada de generoso entusiasmo, no ve en la patria de Schiller y de Goethe sino idealismo y poesía: Enrique Heine lo ve todo bajo el prisma de su indomable cólera. Hay que buscar al poeta, no al pensador, no al filósofo, ni al hombre de partido que se ofusca y se enardece. Sin embargo, sobresale en esta obra más de un momento lúcido en que el artista, el crítico ingenioso da á conocer sus dotes, y en que esclarece con una sola plumada monumentos del arte desconocidos. No deja de ser notable el pasaje que trata de Lutero y de las fases de la filosofía alemana desde Kant; pero en cuanto á los juicios que el autor emite sobre escritores de su país, hay bastante osadía y no ménos prevencion. Cuando, en fin, regresa al dominio literario, abundan trozos de ingenio, grata enseñanza y

rasgos que enamoran; cuando amaina la invectiva, dibuja en un momento nobles figuras, brillantes caractéres, y áun cuando incurre en inconsecuencias, ¡qué lógica tan poderosa para combatirse él mismo! Su libro *De la Alemania* no pudo ménos de irritar á los alemanes por los ataques propios de esa pluma impenitente (1).

Serviles ó liberales, todos eran objeto de su embestida cuando el furor le cegaba ó cuando, herido por sus contrarios, calmaba su daño hiriendo. Enrique Heine, maltratado como ninguno por la acerba crítica de su tiempo, no acostumbraba á responder de otro modo que con violencias y ultrajes, muy dentro de un carácter que en la polémica estalla y olvida la justicia para con sus rivales. Gerardo Nerval, su consecuente amigo, nota gran diferencia entre su fondo benigno por naturaleza y el de aquellos que zahieren con la pericia y la calma de un verdugo: «Enrique Heine, escribe, adora á los que asesina, vierte bálsamo sobre las heridas que causa y besa sus

(1) Cierto escritor lo censura en esta obra, entre otras cosas, porque se exhibe mucho á sí mismo y por haber atacado á Augusto Guillermo Schlegel, antiguo amigo del poeta que tuvo en otro tiempo como una de las primeras figuras literarias de su país.

mordeduras.» Reuniendo al mismo tiempo el odio y la piedad, la cólera y el cariño, la fuerza y la compasion, no es por cierto el hombre excéptico y descorazonado; es más bien la hechura de las circunstancias. Estas y no otro móvil motivaron su folleto *Sobre Luis Boerne* aparecido en 1840, en que ataca la memoria del publicista poco despues de su muerte. Acaso fue el escrito que más dañó á Enrique Heine en la opinion de sus contemporáneos (1).

(1) No hay duda; el escritor es mejor que sus escritos; pero llevado á veces de una franqueza semi-salvaje, supremo rasgo de á quien tanto repugna la hipocresía, escribe en un momento de vengativa fiebre párrafos como el siguiente, hallado en sus *Pensamientos póstumos*: «Tengo, dice, el carácter más pacífico del mundo y desearia bien poco: una casita, un techo de paja, pero buena cama, buena mesa, leche y manteca fresca, flores en la ventana, delante de la puerta algunos árboles, y, si Dios quisiera satisfacerme del todo, me otorgaria la dicha de ver colgando de sus ramas á seis ó siete de mis enemigos. Yo les perdonaria conmovido todo el daño que me hicieron vivos; sí, perdon para el enemigo, pero despues de ahorcarlo.» Esto horroriza á las almas nobles; pero interpreta muy bien los instintos de casi todos los que sufrieron cruelmente en la guerra que en este mundo sostienen unos y otros. El poeta no sueña como otros hombres con víctimas inocentes; pero no perdona á los que tampoco lo perdonaron.

En 1841 compuso el humorista insaciable una fantasía titulada *Atta-Troll*, en que recobra el poeta sus mejores inspiraciones. *Atta-Troll* era un oso arrancado al seno de la familia para bailar en los risueños valles del Pirineo, que rompiendo su cadena, volvió á los montes. Rodeado de sus pequeños, los alecciona en el odio á esa canalla humana y conspira contra la raza, predicando la union, el comunismo, el incendio y todo género de venganzas. El oso muere de un balazo que lo atraviesa; pero en vida, ¡qué discursos! ¡qué elocuencia! ¡cómo peroraba el oso demagogo!... Enrique Heine, al soplo de una musa hermana de la que inspiró á Cervantes, ha legado al porvenir la caricatura de esos *pobres de mal humor* que propagan «la funesta doctrina, como él dice, que amenaza anonadar la civilizacion y la humanidad entera.» Esta obra sublime apareció en aleman y en verso, extendiendo su azote al dominio literario como al político. El autor escribe posteriormente que le acusaron de acometer una reaccion poética y de ridiculizar en sus páginas las conquistas del progreso: en cuanto al cargo primero nada ó casi nada expone; en cuanto al segundo, protesta de su adhesion á las ideas que forman la herencia más preciosa de la humanidad y por las que tanto ha luchado y ha sufri-

do (1). *Atta-Troll*, en fin, es un poema admirable capaz de inmortalizar un nombre: es la obra de un Ariosto aleman, como dijo alguno con justicia.

No se confunda, pues, con los libelos que arroja el campo de la literatura política para enturbiar la fuente de las amenas letras. No faltaban entónces advenedizos que lo invadieran como expresion de reformas que se pedia en Alemania; pero, proscrito el ideal en sus obras, eco no más de la revolucion é insignia de batalla, semejante literatura daba al nombre de Enrique Heine un lugar separado de aquellos malos rimadores. El escritor que cita el mismo Heine, aquel que cimentaba su orgullo en haber escrito en pró de la buena causa no sabiendo escribir y mereciendo no obstante obsequios de valía, revela cuán postergado era el arte, cuán obtuso el criterio (2).

En 1844 vió la luz el tomo *Nuevas poesías*, co-

(1) En el prólogo de *Atta-Troll* declara que no se burla de esas ideas cuando conservan toda su grandeza, sino cuando se visten grosera y torpemente. Su estilo es el romántico, anacronismo que se comprende en una fantasía caprichosa como este «sueño de una noche de verano».

(2) Poco ántes de aparecer *Atta-Troll*, entre 1835 y 1840, publicó Enrique Heine el *Salon*, una série de mis-

leccion muy digna del autor del *Libro de los Cantos*. Bajo el nombre de *Nueva Primavera*, contiene un ciclo de estrofas delicadas, tiernas, elegantes de pensamiento y de estilo, cuyo asunto es el amor que despierta con esa estacion del año. Más adelante viene la atrevida sátira intitulada *Germania* (cuento de invierno) en que el poeta, que viajó por su país durante algunas semanas en 1843, ya refiere aventuras ó episodios cómicos, ya maltrata á eminencias, ya se burla de todo sin perdonarse él mismo.

Poco más ó ménos el año en que aparecieron las *Nuevas poesías*, comenzó á sufrir el poeta los primeros ataques de la enfermedad que desde 1848 lo tuvo postrado en cama y que dió principio con la paralisis del párpado del ojo izquierdo, atacó la vista y acabó por determinar una paralisis completa acompañada de contraccion y atrofía de ambas piernas. En 1846, ya en-

---

celáneas que encierran bastantes trozos de importancia, á la que pertenece un fragmento titulado *El Rabino de Bacharach*, contemporáneo de sus tragedias, cuyo escrito devoró un incendio ocurrido en casa de su madre, no conservando copia sino de tres capítulos del principio, que son los que el *Salon* publica en el tomo cuarto. Es de creer que su curioso estudio de *Las mujeres de Shakspeare* tenga la fecha del 39.

fermo de algun cuidado, se trasladó á los baños de Baréges (Pirineos), en donde escribió tres cartas que se hallan en la coleccion de sus obras. Oyendo el testimonio de un publicista contemporáneo, Enrique Heine era siempre el poeta favorito de esa Alemania en que tanta sensacion produjo, y ninguno de sus compatriotas que á París llegaban de Berlin ó de Francfort, de Viena ó de Munich, dejaba de llamar á la puerta del poeta enfermo ni de informarse al ménos de sus proyectos, de sus ideas, de sus versos, de las inspiraciones que le servian de consuelo. Hablábase de la serenidad con que esperaba la muerte, así como de la firmeza que demostraba en sus agudos tormentos, no faltando quien propalase que habia renegado de la doctrina hegeliana, quien lo creyera nuevamente israelita, ni quien lo hallara propicio á la abjuracion de sus profundos errores. Las inquietudes de algunos, las esperanzas de otros, la curiosidad de todos, viéronse apaciguadas con la lectura del *Romancero*, nueva aparicion extraña en que el poeta no abdica de su musa chispeante ni retrocede en mérito.

El *Romancero* oculta, sin embargo, una tendencia reconciliadora: el autor de los *Cuadros de viaje*, de *Atta-Troll* y de *Germania*, confeso de sus muchas sinrazones, procura hacerse ami-

go de Dios y de los hombres. En el prólogo de esta obra, escrita en 1851, se despide el poeta de sus lectores de siempre, y en cuanto á religion escribe de este modo:

"He vuelto á Dios como el hijo pródigo, despues de haber guardado puercos con los de la escuela de Hégel. ¿He sido arrastrado por la miseria? No, por un motivo ménos miserable. La enfermedad del país, la enfermedad del cielo se apoderó de mi alma para llevarme, atravesando montes y barrancos, á las cumbres más resbaladizas de la dialéctica.

"Encontréme en el camino al dios del panteismo, al que no he podido habituarme: este pobre ente quimérico está mezclado en el tejido del universo, ha nacido en la materia, en la materia está aprisionado, y desde allí, sin fuerza, sin voluntad, nos mira bostezando. Para tener voluntad hay que ser una persona, y para que aquella se manifieste, es necesario libertad completa. Quien aspire, pues, á un Dios que pueda socorrernos, que es lo que importa, debe admitir un Dios personal superior al mundo y dotado de los santos atributos, de bondad, justicia y sabiduría infinitas."

Bien es cierto que existen contradiciones en el contexto del libro, resabios del panteista, puede ser que tibieza de conviccion; pero sépase al ménos: el poeta de lucha, el escritor de fibra, el discípulo de Hégel, el tribuno de Dusseldorf, el incorregible humorista moribundo, ha pronunciado la palabra santa, la palabra verdadera, la palabra eterna.

La primera parte del *Romancero* se titula *Historias*, coleccion de baladas, de romances y de poemas pequeños que se remontan á diferentes edades, cuyo asunto se refiere hasta á muy lejanos y aun primitivos países y en que el autor parece que, evocando tales cuadros y tan distintas figuras, trata de hacer un bosquejo del movimiento confuso de la historia humana. El segundo libro se llama *Lamentaciones*, dentro del cual se encuentra el *Libro de Lázaro* escrito en 1854: en el *Libro de Lázaro* aparecen sueños, reminiscencias, burlas y aun epigramas; pero sueños calenturientos, reminiscencias crueles, burlas desesperadas y epigramas que revelan el delirio del sufrimiento. El enfermo discurre por cielo y tierra sobre el destino del mundo, sobre el destino del hombre; la duda le conturba, los deleites del mundo le enamoran todavía al través de lo imposible, la risa enjuga su llanto y la sátira le consuela cara á cara ante la muerte. Termina, en fin, el *Romancero*, esta obra postrera del malogrado ingenio, con las *Melodías hebráicas*, llenas de inspiracion y de entusiasmo poético, y en que en vano piensan muchos que se halla el verdadero pensamiento del escritor prusiano.

Ya Enrique Heine estaba encadenado al lecho por sufrimientos horribles. Durante su larga y

lastimera agonía conservó su facundia y casi la misma jovialidad que cuando escribiera el *Sueño de una noche de verano* (1). Entretenido en revisar con esmero la edicion francesa de sus obras, cuya version dirigia, continuaba en contacto de muchos hombres de letras, de amigos y admiradores que, anhelando percibir los ecos del ruiseñor moribundo, ya le brindaban pasto á su inagotable vena, ya le ofrecian consuelos, ya persuasiones fundadas de ordinario en frases de sus mismas obras ó en la memoria de mejores tiempos. «¡Aristófanes se muere!» exclamaba llorando Stahr, el publicista severo; Beranger, el poeta del pueblo, le visitaba; Saint-René Taillandier, su consecuente amigo, los escritores de más renombre, los viajeros de allende el Rhin, todos iban á verlo, á oirle y conservar sus palabras como reliquia de recordacion eterna. La muerte puso fin á sus dolores en la mañana del 17 de Febrero de 1856.

(1) Cuéntase que una vez, conducido en brazos de su enfermera á tiempo que penetraba un amigo en su habitacion preguntando por su salud, le respondió de este modo: «No muy mal, querido mio; pues, como ves, siempre estoy mimado por las mujeres.» El poeta, luchando con la muerte, hallaba su refugio en la ironía, síntesis de su vida pública.

"Llegamos ante la tumba del poeta, dice un escritor visitando el cementerio *Montmartre*. Una losa rectangular, rodeada de una sencilla verja de hierro por tres lados, con otra losa de mármol que se levanta sobre el cuarto, el nombre del autor del *Intermezzo* por toda inscripcion, un sáuce que dobla sus ramas hasta tocar la tumba, es todo lo que hay en ella. Su sencillez no puede ser mayor; pero en cambio el sólo nombre de Heine, ¡cuánta grandeza le presta! (1)."

Ha sido, pues, el malogrado ingenio un poeta lírico, personal, apasionado, en quien era la pasion especie de sufrimiento, pero del cual se vengaba por medio de la ironía: asociaba el universo entero á su emocion y animaba á todos los objetos de la naturaleza para ver en ellos potencias favorables ó funestas, amigos ó enemigos, ángeles ó mónstruos. Maestro de la forma y cuidadoso del habla con escrúpulo, poseia en sumo grado el sentimiento del estilo, siendo el suyo de ordinario el período griego, sencillo, fácil, armonioso y elegante (2). Prusia lo vió nacer; pero su

(1) *Museo Universal*, 18 de Enero de 1868. Posteriormente hemos leido en periódicos extranjeros que sus restos han sido trasladados á la ciudad de Hamburgo.

(2) Heine escribió sus obras en aleman, á pesar de que alguna apareciera al mismo tiempo en frances; pero nunca escribió en este idioma. Sabia apreciar de una

patria, la patria adoptiva de su pensamiento era Francia: en Francia se inspiró su idea política y social, vivió la mitad del tiempo, contrajo matrimonio y se enterró su cadáver. Fue pobre y laborioso (1). Cantando la ruina de la Alemania antigua, reveló á su país en risueño estilo muchos vicios, muchas miserias; pero abusando de su valía, profanando los santuarios de la conciencia humana, la historia habrá de juzgarle, como pensador pigmeo, jigante como poeta (2).

---

manera maestra los secretos, los detalles, las menores sutilezas; mas nunca le fué posible la construccion de una frase en idioma frances que no oliese á germanismo.

(1) Sus enemigos lo acusan de haber puesto su pluma al servicio de Luis Felipe: dicen que desde 1836 hasta 1848 obtuvo una pension respetable; circunstancia desconocida hasta que fué derribado el gobierno de Julio por la revolucion de Febrero de 1848. La noticia no parece verosímil, dado el lenguaje usado por el corresponsal de la *Gaceta de Augsburgo*.

(2) Fuentes bibliográficas.—*Mouvement litteraire de l'Allemagne, Revue de Paris*, 1.° de Abril de 1865.—*Dictionnaire biographique.*—*Histoire litteraire de l'Allemagne*, por J. Schmidt.—*Ecrivains et poètes modernes*, por Saint-René Taillandier, París, 1861.—*Feuilles pour la conversation litteraire*, por Margraff.—*Annales de Halle*, por Ruge.—*Histoire de l'Allemagne*, por Hillebrand.—*Dictionnaire de la conversation et de la lecture*.

DOS PALABRAS.

La única poesía propia de nuestra época debe ser necesariamente lírica, personal, interna. Esta verdad aplicable á casi todos los tiempos no deja de interesar en boca de Emilio Montegut, excelente publicista del lado allá de los Pirineos.

Penetrados de ella; consagrados algun tiempo al estudio de Enrique Heine, *el mejor poeta de Alemania desde Goethe* segun la frase de un crítico; deseando ensanchar ó dilatar nuestra imaginacion por los horizontes poéticos de otros pueblos; obedeciendo, en fin, al deseo de saborear sus bellezas; pensando más en nuestro solo deleite que en la esperanza de publicar un libro, emprendimos rato á rato la minuciosa interpretacion de sus tres poemitas *Intermedio* (1), *Re-*

(1) Ó *Intermezzo*.

greso y *Nueva Primavera*, que son las séries más homogéneas en estructura y en las que más resalta la originalidad del poeta.

Enrique Heine, emigrado en París cual se refiere en el anterior estudio sobre su vida y sus obras, emprendió la traduccion de todas sus producciones á buena prosa francesa; mas como no le fuera accesible el manejo de este idioma, no obstante comprenderlo de manera que apreciaba con tanta suspicacia como el mejor hablista sus mayores dificultades y sus menores delicadezas, encomendó tan cuidadoso trabajo á escritores de gran renombre que, bajo la inmediata direcion de Heine, desempeñaron su parte con grande aplauso de él mismo.

La version francesa del *Intermedio* es debida á Gerardo Nerval: el *Regreso* y la *Nueva Primavera* deben su traduccion á Saint-René Taillandier.

«No puedo acordarme sin emocion, escribe Enrique Heine á la cabeza de un tomo intitulado *Poemas y leyendas*, no puedo pensar sin emocion profunda en aquellas noches de Marzo de 1848, en que el afable y buen Gerardo venia á buscarme en mi retiro de la barrera de la Salud para trabajar conmigo en la traduccion de mis desvaríos alemanes...» Y entre los muchos elogios que

le dedica, escribe: «Sin comprender muy bien el aleman, adivinaba el sentido de una poesía alemana mejor que los que estudiaron toda su vida el idioma.»

Saint-René Taillandier, que tradujo por encargo del poeta el *Regreso*, *Nueva Primavera* y otras varias producciones, obtuvo como Nerval un éxito lisonjero. Heine le escribió una carta en que llamaba su traduccion *magnífica*.

No es, pues, dudosa la exactitud de la edicion francesa que nos ha servido de texto casi principal para nuestro humilde trabajo, porque reasume los últimos toques y correcciones del mismo autor; pero teniendo en cuenta los escollos con que tropieza una interpretacion fidedigna, no hubiéramos dado al público nuestro libro á no alentarnos á ello personas muy competentes.

Era tambien necesario que acompañase á la obrita un estudio biográfico del poeta, así como aclaraciones del texto que allanaran la inteligencia de algun pasaje equívoco ú oscuro. Este trabajo casi imposible sin el auxilio de una regular biblioteca era no poco dificultoso en un rincon de provincia, en Jerez de la Frontera, donde escribimos los primeros versos; pero más adelante en Madrid, no hemos perdonado medio de dar cima á esa tarea al parecer insignificante; así es que en

busca de algun dato, de alguna palabra ambígua, de algun detalle de conclusion, tan pronto hemos tenido que consultar con el sabio cuanto amable director de la Biblioteca Nacional, D. Juan Eugenio Hartzembusch, con el erudito escritor don Emilio Huelin y otros varios escritores, como hojeado necesariamente hasta el *Ramayana*, poema indio de la antigüedad más remota.

Ni del *Regreso*, ni de *Nueva Primavera*, ni del más pequeño de sus cantares, tenemos noticia de que hayan hecho en España traduccion ni imitacion alguna; pero, terminada nuestra interpretacion de todo el *Intermedio*, hallamos con sorpresa una traduccion inserta en una revista ilustrada; circunstancia que debia inclinarnos á inutilizar el trabajo en parte, si el exámen del ageno y la conciencia del nuestro no nos hubieran estimulado, por el contrario, á proseguir nuestra obra con los mejores auspicios.

Y en efecto; la traduccion del *Intermezzo*, publicada por el *Museo Universal* en 1867, no sólo es incompleta sino que ingiere muchos conceptos de cosecha propia y aun desfigura con lamentable frecuencia, cuando no el sentido de la frase, al ménos el peculiar estilo de Enrique Heine.

El público, juez supremo, disculpará esta arrogancia en viendo la incontestable razon que nos

asiste, de la que tendrá una prueba en cualquier ejemplo que le expongamos. Véase, pues, cómo está traducida cualquiera de aquellas breves composiciones, la marcada, por ejemplo, con el número III. El texto de la edicion francesa es el siguiente:

«III.—*Roses, lis, colombes, soleil, autrefois j'aimais tout cela avec delices; maintenant je ne l'aime plus, je n'aime que toi, source de tout amour, et qui es á la fois pour moi la rose, le lis, la colombe et le soleil.*»

No cabe más brevedad ni sencillez mayor; sencillez y brevedad, que si no constituyen todo el mérito de la poesía, le prestan raro encanto y son su mejor esmalte. Nosotros hemos dicho:

"Rosas, lirios, sol, palomas;
todo esto amaba yo
otras veces con delicia:
ahora no lo amo, no;
no amo nada más que á tí,
manantial de todo amor
y que para mí rëunes
todo lo que amaba yo:
eres la rosa y el lirio
y la paloma y el sol."

El *Museo Universal* traduce de este modo:

"Sol encendido,
tórtola tierna,

fragante rosa,
lirio y violeta
fueron en otros dias
mis adoradas prendas.

—

Hoy, tú eres sólo,
niña hechicera,
el embeleso
de mi existencia,
sólo á tí te idolatro,
sólo á tí, pura y bella...
porque eres niña
donosa y fresca,
como alboradas
de primavera;
y eres al par, bien mio,
mi tórtola hechicera,
mi egregio sol, mi lirio,
mi rosa y mi violeta.»

No se comprende tanta plétora de palabras, ni por qué ha de ser ese sol *encendido* y *egregio*, ni la tórtola *tierna* y *hechicera*, ni *fragante* la rosa, ni esa *tú* á quien se dirige sencillamente el autor del *Intermedio*, *niña hechicera*, *embeleso de mi existencia*, *pura*, *bella*, *donosa* y *fresca como alboradas de primavera*, con otras cosas de ese linaje. Creemos, por consiguiente, que á esta especie de versiones, todo lo respetables que quiera, sobran tantos ripios y añadiduras cuanto les

falta lo que debe y puede llamarse el *sentimiento del estilo;* y en tan breves y delicadas composiciones, cuyo pensamiento no es siempre nuevo, el estilo constituye casi todo el mérito.

En gracia á la brevedad, omitiremos ejemplos; pero en desagravio de nuestra censura, hénos, por otra parte, en el caso de hacer constar que si bien es incompleta y desfigurada la version debida á D. Mariano Gil Sanz, tan aplaudida por la redaccion del *Museo*, la media docena de traducciones parciales de este poemita debidas á la hábil pluma de D. Eulogio Florentino Sanz, pueden ser consideradas como modelos de integridad, carácter y semejanza.

Del *Regreso* y de *Nueva Primavera*, como digimos arriba, no hemos visto version alguna en todo ni áun en parte (1). Verosímil es que en España no se conozcan bien todavía estas dos continuaciones dignas del inspirado poeta, venturoso innova-

(1) En el número de la *Ilustracion Española y Americana* del 24 de Enero de este año, acaba de publicar D. Augusto Ferran cuatro breves canciones del *Regreso*, bajo el epígrafe de *Recuerdos de Enrique Heine*, tan en extremo alteradas, que ante el tribunal de la buena crítica pudiera el texto demandarlas de injuria de pensamiento y de calumnia de estilo.

dor de la poesía lírica de Alemania, cuyos pocos cantos traducidos aun con escasa fortuna obtuvieron tanta popularidad, tanto aplauso en nuestro país, á pesar de la indiferencia con que por desgracia acojemos las obras de ese género lírico, *el único propio de nuestro tiempo*, segun la autorizada frase que trascribimos á la cabeza de las presentes líneas.

Cada trozo numerado de estos poemas, cada perla de estos collares cuyo hilo es el amor de sentimiento impreso, tiene una forma, una é inalterable, de interpretacion genuina. El estilo relumbrante pervertiria la idea, sublime tantas veces por lo sencilla. La musa del sentimiento rechaza todo ornato: con el cabello suelto y descuidado el traje, canta y llora en la soledad. Las lágrimas no quieren más adorno que su propia trasparencia. Enrique Heine queria que el sentimiento brotase espontáneamente del corazon como el manantial de la roca.

Lo que más encanta, pues, en el poeta es el estilo, en que ninguna palabra huelga, ese laconismo sobrio tan embarazoso para la forma métrica (1); así es que la prosa reprodujera mejor

(1) Boileau decia: *Qui ne sut se borner ne sut jamais écrire.*

que el verso las bellas dotes del escritor. No obstante, obedeciendo á razones de tanto imperio cuanto fáciles de entender, hemos dado á la poesía la formar poética por excelencia, cuidando prolijamente de conservar en el verso los giros, las *frases hechas*, los contornos, los caractéres que manifiestan al popular autor del *Intermedio*, *Regreso* y *Nueva Primavera*.

Tal es el trabajo, humilde como nuestro, que ofrecemos á la benevolencia pública.

Donado á la Biblioteca
Universitaria de Granada,
en memoria del malo-
grado poeta
BALTASAR MARTINEZ DÚRAN.

INTERMEDIO [1].

PRELUDIO.

Era la antigua selva
de los encantamientos:
allí se respiraba
el aromado incienso
de las flores del tilo;
el resplandor sereno
de la luna llenaba
de delicias mi pecho.

En tanto iba marchando
con profundo silencio,
se produjo en el aire
un rüido ligero;

(1) *Intermezzo.* Heine puso este epígrafe al poema porque se imprimió entre sus dramas *Ratcliff* y *Almanzor*.

el ruiseñor cantaba
el amor y el tormento
del amor. Escuchábase
el canto, repitiendo
el amor y sus penas
y su especial compuesto
de sonrisas y lágrimas,
y agitaba su vuelo
tan tristemente y era
tan alegre el lamento,
que se me renovaron
mis olvidados sueños.

A medida que andaba
conforme iba más léjos,
ví ante mí levantarse
por lo ménos espeso
de la selva un castillo
con elevado techo.

Las ventanas estaban
cerradas, y el aspecto
de todo en torno suyo
tenia impreso un sello
de luto y de tristeza:
en sus muros siniestros
dijérase que estaba
la muerte residiendo.

Ante la puerta habia
una esfinge de aspecto
á la vez atractivo
y horroroso, con cuerpo
y garras de lëon

y con cabeza y pechos
de mujer, de hermosísima
mujer!... Sus ojos ébrios
estaban su salvaje
sensualidad diciendo
y de dulces promesas
su labio estaba lleno.

El ruiseñor cantaba
cantares tan risueños,
que resistir no pude...
y apénas le dí un beso
á la estátua en la boca,
me sentí en alma y cuerpo
enagenado y presa
de aquel encantamiento.

La piedra adquirió vida,
suspiró, y con sediento
impulso, bebió toda
la llama de mi beso;
aspiró de mi vida
casi el soplo postrero
y, por último, como
jadëando en accesos
de voluptuosidad
é hiriendo y oprimiendo
con sus garras de fiera,
aniquiló mi cuerpo.

¡Martirio delicioso!
¡agradable tormento!
¡placeres y dolores
infinitos, inmensos!

En tanto que su boca
seductora con besos
me embriagaba, sus garras
devoraban mi cuerpo.

El ruiseñor al punto
cantó desde lo espeso
del bosque: "Oh bella esfinge,
¡oh, amor! ¿por qué á tus tiernos
placeres acompañan
dolores tan sangrientos?
¡oh amor, oh bella esfinge!
revélame el secreto (1).

(1) El autor simboliza en este *Preludio* el pensamiento del *Intermedio*, esto es, el amor y sus dolores. La alegoría no respira sino tristeza, extremecimiento, terror casi apocalíptico: la esfinge que personifica el amor es á la vez horrible y atractiva; tiene el cuerpo y las garras de leon, la cabeza y los pechos de una Vénus terrestre cuyos ojos revelan voluptuosidad salvaje y cuyo labio está lleno de promesas. El poeta, como se ve más abajo, no define el amor, ántes bien ignora su secreto; mas, prévio el sentimiento de su deleite y de sus tormentos, parece como que ofrece en este *Preludio* el tono fundamental de sus versos amatorios.

I.

En el hermoso Mayo,
cuando las tiernas flores
comienzan á romper sus botoncillos,
brotaron en mi pecho los amores.

En el hermoso Mayo,
cuando los pajarillos
comienzan á cantar dulces gorgeos
de música inspirada,
tambien yo he confesado mis deseos
y mis ardientes votos á mi amada.

II.

Muchas y aromosas flores
de mis lágrimas nacieron:
mis suspiros se volvieron
un coro de ruiseñores.
Y si me das tus amores,
niña, para tí serán
todas las flores que han
brotado y á tu ventana
el coro por la mañana
los pájaros cantarán.

III.

Rosas, lirios, sol, palomas:
todo eso amaba yo
otras veces con delicia.
Ahora no lo amo, no;
no amo nada más que á tí,
manantial de todo amor
y que al mismo tiempo eres
todo lo que amaba yo:
eres la rosa, y el lirio,
y la paloma, y el sol.

IV.

Cuando á tus ojos miro enagenado
se me olvida mi daño y mi dolor;
cuando beso tu boca con amor,
al punto estoy curado.

Si en tu seno me es dado reposar,
de gozo celestial mi pecho inflamas;
pero si tú me dices que *me amas*...
me echo al punto á llorar.

V.

Descansa sobre la mia
tu mejilla sonrosada
para que así se confundan
tus lágrimas con mis lágrimas.
Oprime contra mi pecho
tu pecho para que ardan
juntos nuestros corazones
y con una misma llama.
Y cuando la llama absorba
el torrente de las lágrimas
y te estreche entre mis brazos,
moriré, mi dulce amada,
en un trasporte de amor,
de enagenacion del alma.

VI.

Yo quisiera que fuese
introducida mi alma
en el hermoso cáliz
de una azucena blanca.

Esa blanca azucena,
entónces, suspirára
una ligera y dulce
cancion para mi amada.

La cancion deberia
temblar sobre las áuras
y estremecerse, como
el beso que me daba
ella otro tiempo en horas
de misteriosa calma.

VII.

Desde mil y mil años, allá arriba,
las estrellas de ténue resplandor
permanecen mirando abajo inmóviles
con doloroso amor.

Hermoso y rico idioma es el que hablan;
pero lenguaje extraño debe ser
cuando el talento de ningun filólogo
lo puede comprender.

Yo... lo tengo aprendido para siempre
y no lo olvidaré: me lo enseñó
mi amada sin esfuerzo, y de gramática
su rostro me sirvió.

VIII.

En alas de mi amoroso
cantar te trasportaré
á orillas del caudaloso
Gánges, en donde yo sé
un parage delicioso.

La luna allí reverbera;
á su resplandor florece
embalsamada pradera,
y á su hermanita parece
que la flor del loto espera.

Los jacintos, — entablada
conversacion animada
entre ellos mismos, — amantes
pestañëan su mirada
con las estrellas brillantes.

Las rosas, que han esparcido
sus aromas á los vientos,
se murmuran al oïdo
el misterioso sentido
de sus perfumados cuentos.

La tímida y juguetona
gacela viene á escuchar,
y del santo rïo al par
la corriente monotóna
se oye léjos murmurar.

Allí dormiremos tales
horas bajo las palmeras,
cuyas sombras orientales
derramarán sus quimeras
y sus sueños celestiales.

IX.

El loto, que no resiste
á la mirada del sol,
con la cabeza inclinada

por causa del resplandor
la noche espera soñando.

La luna, que le juró
ser su amada, lo despierta
con su luz; él sin rubor
descubre amorosamente
su dulce rostro de flor.

Mira, brilla, se colora
la luna y por la extension
del cielo muda se lanza.
Él... suspira con dolor,
llora, y de amor se extremece
y de tormentos de amor (1).

X.

En las aguas del Rhin, del santo rio,
la santa y gran Colonia se refleja.
Hay en aquella catedral pintado
sobre fondo dorado
un bello rostro, que el desierto mio
siempre consolador ha iluminado.

(1) No se sabe si el loto, que nombra algunas veces Enrique Heine, entre las especies que la botánica estudia, es la yerba acuática del Nilo cuya figura aparece en monumentos egipcios y la cual da nombre á la ninfa *Lotis* de la mitología (que huyendo de Priapo fué convertida en loto), ó si la flor del árbol que se cultiva en Africa.

De ángeles y flores
que alrededor se mecen,
está Nuestra Señora rodëada:
los ojos y los labios, los colores
de su hermosa mejilla se parecen
mucho á los de mi amada.

XI.

No me quieres, no me quieres;
pero con tal que yo pueda
ver tus ojos, como un rey
contento estaré y sin penas.

Tú vas á odiarme, me ódias:
tu boca me lo confiesa.
Déjame besar tu boca:
me consolaré siquiera.

XII.

¡Oh! no jures y abrázame,
deja los juramentos
y abrázame tan sólo,
que en juramentos de mujer no creo.

Tu palabra es muy dulce;
pero fuerza es que diga
que el beso que me has dado
es más dulce, más dulce todavía.

Entre tanto me basta
saber que te poseo,
y al cabo es la palabra
un vano soplo que se lleva el viento.

¡ Oh ! jura, amada mia,
jura siempre si quieres;
pero bajo una sola
palabra nada más puedo creerte.

Por eso me reclino
sobre tu seno hermoso,
en donde, enagenado,
feliz como ninguno me supongo.

Y así pienso, mi amada,
gozando tal delicia,
que me querrás tú siempre,
eternamente... y más áun todavía (1).

XIII.

Para los ojos de la amada mia
compuse bellas trovas y canciones,
dediqué á su boquita una poesía,
y á cuantas perfecciones
en ella he visto, le rimé inspirada,
enamorada y juvenil cancion;
y ¡qué bello soneto compondria

(1) «Eternamente y más todavía, eternamente y más tiempo despues» no deja de ser un absurdo sublime.

al corazon ardiente de mi amada...
si mi amada tuviese corazon! (1).

XIV.

Es la gente muy ciega,
ciega y estúpida,
y cada vez se vuelve
áun más absurda:
de tí le place
murmurar que no tienes
bello carácter.

Es la gente muy ciega,
ciega y estúpida,
sin que su barbárie
conozca nunca:
ignora cuánto
gozo yo con tus besos
y tus abrazos!

XV.

Ya es preciso, amada mia,
que me lo digas de veras.
Díme pues: ¿eres acaso
alguna vision de aquellas

(1) Esta breve poesia, con alguna variante, apareció en castellano en 1866, en *La Lira del Guadalete*, coleccion poética de que es autor el del presente trabajo.

que en los dias calorosos
del verano se despiertan
y salen como fantasmas
del cerebro del poeta?

Pero no; que una boquita
como la tuya pequeña
y linda, tan grandes ojos
y encantadores, tan bella,
tan amable niña, eso
no es la creacion de un poeta.

Basiliscos y vampiros,
mónstruos y dragones: esas
especies de animaluchos
fabulosos, eso crea
únicamente el cerebro
visionario del poeta.

Pero á tí y á tu malicia
y tu semblante y tus pérfidas
y dulces miradas... eso
no es la creacion de un poeta.

XVI.

Como Vénus saliendo
de entre espumosas olas, hoy con toda
su hermosura gentil resplandeciendo,
marcha mi amada á celebrar su boda.

Corazon, corazon: tú que costumbre
de ser sufrido tienes, no le guardes

rencor por su traicion: tu pesadumbre
soporta sin rencilla;
perdona cualquier cosa que haya hecho
la adorada loquilla (1).

XVII.

No te quiero; y si pedazos
mi corazon está hecho,
amada que para siempre
he perdido, ¡no te quiero!
Deslumbras con todo el brillo
de tu nupcial aderezo;
mas ninguno, ningun rayo
de tus diamantes soberbios,
puede iluminar la noche
de tu corazon por dentro.

Desde hace tiempo lo sé.
No há mucho, te he visto en sueños.
Ví la noche de tu alma
y las víboras que enmedio
de esa noche serpentean...
He visto y sé muy de cierto
cuán desventurada eres
en el fondo desde há tiempo.

(1) Ha llegado la hora de que el poeta abandone sus ilusiones. Su amada prefiere á otro advenedizo, con el cual se casa. Ante esta emocion primera que le produce la ingratitud, acude á su mente la idea de perdon y de clemencia: más tarde estallará en acentos desesperados.

XVIII.

Eres muy desgraciada
y tenemos que ser nosotros dos
desgraciados, en tanto llegue el dia
en que permita Dios
que destruya la muerte despiadada
mi corazon y el tuyo, amada mia.

Veo la burla que vaga
alredor de tus labios, tu arrogante
mirada y el orgullo que embriaga
tu hinchado seno; mas penetro que eres
tan miserable como yo, no obstante.

Oculto sufrimiento
comunica á tus labios movimiento.
Una lágrima empaña el brillo hermoso
de tus ojos; secreta llaga ulcéra
tu seno vanidoso;
mentira es tu alegría...
Los dos hemos de ser ¡ay! miserables,
los dos, amada mia.

XIX.

¿Has olvidado del todo,
por ventura, que fué mio
tu corazon mucho tiempo,
tu dulce corazoncito
en otro tiempo tan dulce

y, aunque tan falso, tan lindo
que nada en el mundo, nada
pudiera ser tan dulcísimo,
ni tan lindo, ni tan falso?
¿Has olvidado, bien mio,
el amor y los pesares
que tenian oprimido
mi corazon de igual suerte?...
Yo no sé si predominio
sobre el pesar alcanzaba
en mí el amor; pero es fijo
que los dos inmensamente
grandes eran é infinitos.

XX.

Y si supieran las flores;
si las buenas florecitas
supieran mis infinitas
heridas y mis dolores,
verterían con amor
en mi corazon llagado
de su perfume preciado
el bálsamo bienhechor.

Y si pudieran saber
los ruiseñores mi llanto,
con su más alegre canto
viniéranme á distraer.

Y si mi acerbo dolor,
allá arriba, las estrellas

de oro conociesen, ellas
tambien como el ruiseñor
y las flores, dejarian
siquiera un momento el cielo
y luminoso consuelo
benéficas me traerian.

Pero nadie lo que yo
padezco sabe ni vé
sino ella sola, ella que
mi corazon destrozó.

XXI.

¿Por qué, díme, están pálidas las rosas?
¿Por qué en el verde césped las violetas
tan marchitas están y pesarosas?
¿Por qué la alondra canta
con voz tan melancólica en el aire?
¿Por qué el aire levanta
de entre los bosquecillos de jazmines
tan funerario aroma? ¿Por qué apenas
alumbra el sol y está la tierra oscura
como tumba? ¿Por qué estoy yo tan triste,
tan enfermo y sufriendo esta amargura?
¿Por qué de tan fatal melancolía
mi espíritu se siente dominado?
¡Ah! ¿Por qué, amada mia
de mi corazon, me has abandonado?

XXII.

Mucho han hablado
sobre mi asunto,
se han lamentado
mucho además;
mas lo que siente
mi atribulada
alma, realmente
no lo sabrás.

Han discutido
con aire grave,
han proferido
mucha sandez:
decir oïste
que yo era el diablo
y lo creiste
con sencillez.

Pero lo grave
no te lo han dicho:
nadie lo sabe,
nadie lo habló;
porque guardado
muy reservado
dentro del pecho
lo tuve yo (1).

(1) Y es lo más grave que lo grave del poeta no se penetra en sus versos.

XXIII.

El tilo florecia,
el ruiseñor cantaba,
el sol graciosamente
derramaba su luz pura y diáfana.

Entónces con tu brazo
me acercabas con fuego,
y me estrechabas contra
tu caloroso y palpitante seno.

Las hojas se caian,
triste el cuervo graznaba,
el sol sobre nosotros
echaba indiferente sus miradas.

Entónces nos dijimos
" ¡ adios ! " el adios último ;
y me hiciste en seguida
la reverencia más cortés del mundo.

XXIV.

Mucho nos hemos querido
nosotros dos ; sin embargo,
bastante poco en tan largo
espacio habemos reñido.
Cuando *á marido y mujer*
jugábamos de pequeños,
siempre estábamos risueños

sin pegarnos ni ofender.
Más tarde, en mis alegrías,
juntos hemos bromëado
y tiernamente me has dado
besos como en otros dias.
Por último, se repite
entre nosotros la edad
de la infancia; á la verdad
jugamos al *escondite*,
y de tal modo nos hemos
escondido, que jamás
te hallaré ni me hallarás...
¡jamás nos encontraremos!

XXV.

Con interés me miraste,
fiel me fuiste mucho tiempo;
mis miserias, mis angustias
te deben muchos consuelos.

Comida, bebida, equipo,
adelanto de dinero,
hasta el mismo pasaporte
para el vïaje te debo.

Aun mucho tiempo, mi amada,
del calor, del frïo intenso
líbrete Dios; pero *nunca*
te premie el bien que me has hecho! (1).

(1) Estas estrofas no pueden ser más prosáicas, ni hubiera perdido nada el *Intermedio* con que el autor hubiese omitido esta poesía. Se ha llevado tan allá el realismo, que se encuentra fuera del dominio de la imaginacion.

XXVI.

Y mientras yo divagaba
por comarcas muy remotas,
tan largo, tan aburrido
se le hizo el tiempo á mi novia,
que se mandó hacer muy pronto
un rico traje de boda
y al más tonto de los novios
abrazó vuluptüosa.

Pero mi amada es tan linda,
tan bella y encantadora,
que nunca su dulce imágen
de ante mis ojos se borra.
Las violetas de sus ojos,
de sus mejillas las rosas
y los lirios de su frente
brillan y florecen todas
las estaciones del año,
y seria la más tonta
de mis tonteras creer
que yo pudiese, ni ahora
ni en tiempo alguno, alejarme
de mujer tan deliciosa.

XXVII.

Cuando estés acostada
en la tumba, mi amada,
yo bajaré á tu lado eternamente.
Cuando dejen los muertos su morada

enmedio de la noche silenciosa,
nosotros seguiremos en la fosa
abrazados los dos estrechamente.

Y cuando llegue el día del Juicio
y del severo exámen
y las trompetas á los muertos llamen
á eterna gloria ó perenal suplicio,
no desharemos nuestro abrazo ardiente,
y como si tal cosa,
nosotros seguiremos en la fosa
abrazados los dos estrechamente.

XXVIII.

Levántase un pino aislado
del Norte sobre una peña
árida, en donde, embozado
en blanco manto formado
de nieve, dormita y sueña

Con una palmera hermosa
que, nacida en la pendiente
de una peña ó roca ardiente,
se consume silenciosa
allá abajo en el Oriente (1).

(1) Esta poesía breve, insignificante, este capricho poético, contenido tan solo en dos estrofas, vale tanto como el poema: ¡qué sencillez! ¡qué procedimiento tan nuevo! ¡cuánta originalidad! Son dos paisages en miniatura dignos del pincel de Haes, que aunque forman verdadero contraste, se ligan mediante el sueño del pino helado con la palmera de fuego. Enrique Heine habla en esta poesía con el lenguaje del misterio, el cual tiene que ser eternamente oido.

XXIX.

—¡Ah! si yo fuese al ménos,
exclama la cabeza,
el taburete donde
descansa la pequeña
planta de mi adorada!...
Jugando entónces ella
con sus piés, golpearia
sobre mí de manera
que ninguno me oyese
la más mínima queja.

El corazon exclama:
—¡Ah! si yo al ménos fuera
el acerico donde
sus alfileres deja!...
Ella me picaria
hasta la sangre, y esa
herida me causára
placer en mi dolencia.

La cancion tambien dice:
—¡Ah! si al ménos yo fuera
uno de los pedazos
de papel con que ella
se prepara los rizos
de sus hermosas crenchas!...
Yo le murmuraria
dulcemente á la oreja
cuanto respira dentro
de mí, vive y alienta.

XXX.

Para siempre perdí
la risa y la alegría
cuando mi amada se alejó de mí.

Mi corazon se quiebra de pesar,
y en mi triste agonía
¡no puedo ni aun llorar!

XXXI.

De cada pena que siento,
compongo una cancioncita
que sonoramente agita
su plumaje por el viento.

La cancioncita se aleja
volando precipitada
al corazon de mi amada;
pero al regresar, se queja...

Se queja, y nunca á mi encuentro,
por mucho que yo le insisto,
quiere decir lo que ha visto
de su corazon por dentro.

XXXII.

No es posible que olvide
la ventura, mi amada,
de haberte poseido
un tiempo más feliz en cuerpo y alma.

Cuanto al cuerpo, ese cuerpo
tan esbelto y con tanta
juventud, todavía
quisiera que en mis brazos se encontrara.

El alma no me importa:
tengo demasïada,
y lo que yo quisiera
es inspirarte la mitad de mi alma.

Despues me abrazaria
contigo, y se formaba
entre los dos un todo
completo hastă no más de cuerpo y alma.

XXXIII.

Alegres y endomingados
se huelgan los campesinos
por praderas, arbolados
y caminos:
saltando van de alegría
y saludando con voces
al domingo, que es el dia
de sus goces:
contemplan con estupor
esa florescencia hermosa
de los campos, el verdor
que rebosa,
y con sus grandes orejas
absorben las melodías
de las aves, con sus quejas
y alegrías.

Yo... en silencio sepulcral,
pongo una cortina oscura
en mi ventana, lo cual
me procura
recibir una visita
de mis espectros queridos,
cuya aparicion agita
mis sentidos.
Acude el difunto amor
que, de su reino sombrío,
vuelve á juntar su dolor
con el mio,
y deplorando su pena
al lado de mi quebranto,
el corazon me envenena
con su llanto.

XXXIV.

Más de una imágen de olvidados tiempos
al salir de su tumba, amada mia,
me recuerdan aquel en que vivia
sola, exclusivamente para tí.
Vagaba yo de dia por las calles
con tal desasosiego, tan demente,
que me miraba con temor la gente
que acertaba á pasar por junto á mí.

La noche era mejor. Las calles todas
como un desierto estaban solitarias,
y yo y mi sombra errábamos por varias,
acá y allá, en completa libertad.

Mientras iba midiendo con mis pasos
el puente, por las nubes una á una
atravesaba sin cesar la luna
saludándome séria y con frialdad.

Inmóvil yo delante de tu casa
miraba á la ventana, y entre tanto,
transido de amargura y de quebranto,
me echaba sangre el corazon. Yo sé
que miraste bastantes veces desde
tu ventana y que verme habrás podido
al rayo de la luna que, encendido,
lucir como columna allí se vé.

XXXV.

Un jóven ama á una jóven,
á otro jóven ama ésta,
este otro prefiere á otra
y hasta se casa con ella.

La jóven abandonada
se casa con un cualquiera,
con el primero que acude:
el jóven sufre y se queja.

Esta es una historia antigua
que siempre tambien es nueva,
y el corazon desgarrado
tiene aquel á quien le afecta.

XXXVI.

Cuando resonar escucho
la cancioncilla cantada
otro tiempo por mi amada,
sufro muchísimo, mucho:
me temo en ese momento
que mi pobre corazon
se quiebre con la presion
del dolor que experimento.

Un deseo misterioso
me empuja en mis amarguras
hácia las verdes alturas
del bosquecillo frondoso;
y como la nube al mar
su tributo le devuelve,
así tambien se resuelve
en lágrimas mi pesar.

XXXVII.

Há poco que he soñado
con una hermosa hija
de rey, con una jóven
de pálidas y húmedas mejillas.

Estábamos sentados
los dos bajo los verdes
tilos, á cuya sombra
nuestros abrazos eran más ardientes.

« Yo no quiero — le dije —
el trono de tu padre,
ni su cetro de oro,
ni su corona llena de diamantes.

Yo te quiero á tí sola,
á tí, flor de belleza. »
— « ¡ Ay ! eso no es posible,
me dijo con voz dulce y lastimera.

La tumba es mi morada,
y solo venir puedo
á media noche á verte,
y sólo á impulso del cariño vengo. »

XXXVIII.

Nosotros nos encontrábamos
sentados, mi cara amada,
sobre ligera barquilla:
la noche serena estaba,
y vogando íbamos sobre
inmensa extension de agua.

Al resplandor de la luna,
de léjos, se dibujaba
la isla de los espíritus,
donde nebulosas danzas
flotaban, donde sonidos
deliciosos resonaban.

Más süaves los sonidos
eran cada vez, la danza

cada vez más seductora:
nosotros... sobre la vasta
llanura del mar, vogando
íbamos sin esperanza.

XXXIX.

Yo te amé y te idolatro todavía!
y pedazos se haria
el mundo entero, y con igual calor
salir de sus ruïnas se veria
la llama de mi amor!

XL.

Vagaba yo una mañana
hermosa por el jardin,
mientras hablaban las flores
cuchichëando entre sí.

Cuchichëaban las flores,
y cuando pasaba yo
taciturno, me miraban
con aire de compasion.

"No te enfades, me dijeron,
con nuestra hermanita, oh tú
pálido amante que vives
llorando su ingratitud!"

XLI.

Como cuento fantástico narrado
en calorosa noche del estío,
luce mi amor con su esplendor sombrío...

El ruiseñor cantaba;
la luna iluminaba
mi jardin encantado,
por donde dos amantes discurrian
silenciosos; la dama se detuvo
inmóvil como estátua: el caballero
se arrodilló delante;
apareciόse el fiero
y aterrador gigante
del desierto, y la jóven huyó al punto.
Cayó medio difunto
el caballero en tierra ensangrentado,
y se volvió el gigante á su caverna...

Yo estoy muerto, completamente muerto;
estoy en tal estado,
que no falta, por cierto,
sino enterrarme ya... y cuento acabado.

XLII.

Todos han hecho que sufra
y palidezca de enojo,
con su cariño los unos
y con su aversion los otros.

Han envenenado el agua
que bebo y el pan que como
los unos con su cariño,
con su ojeriza los otros.

Sin embargo; la que pudo
y supo herirme más hondo,
ni aversion me tuvo nunca,
ni amor me tuvo tampoco.

XLIII.

En tu mejilla reside
el verano abrasador;
el invierno, el frio invierno
habita en tu corazon.

Pero estará en tu mejilla
algun dia ¡vive Dios!
el invierno, y el verano
estará en tu corazon.

XLIV.

Cuando se dan la mano dos amantes
que á separarse van, suspiran, lloran
lágrimas abundantes.

Nosotros no lanzamos ni un gemido,
ni una lágrima sola... Hasta más tarde
el llanto y los suspiros no han venido.

XLV.

Sentados alrededor
de la mesa mientras que
se estaba tomando el té,
hablábase del amor;
los hombres bajo el moral
concepto lo analizaban,
las señoras lo juzgaban
de un modo sentimental.

—Platónico debe ser
el amor á lo que infiero,
dijo el flaco consejero
á pesar de su mujer:
la señora sonrió
entónces con ironía,
y un ¡ay! que mucho decia
por lo bajo suspiró.

Dijo el canónigo abriendo
su boca descomunal:
—No debe ser sensüal
el amor; puesto que siendo
de este modo, en daño es
de la salud. Esto oyó
la jóven y murmuró
en su adentro: —¿por qué, pues?...

Asímismo, prosiguiendo
el inaugurado exámen,
con angustia su dictámen

dió la condesa diciendo:
—¡Amor es una pasion!
á cuya frase elocuente,
una taza cortésmente
ofreció al señor baron.

En la mesa todavía
ancho sitio para tí
quedaba; sin duda allí
faltabas tú, amada mia:
tú hubieses dicho mejor
que ninguno, á tu manera,
la final y verdadera
definicion del amor...

XLVI.

Mis canciones están emponzoñadas,
¿y cómo habrán de estar? ¿por qué te admira,
si derramaste abrasador veneno
en la flor de mi vida?

Mis canciones están emponzoñadas,
¿y cómo habrán de estar? ¡oh! bien se explica:
llevo en el corazon muchas serpientes...
y á tí, querida mia.

XLVII.

Ha vuelto á mi memoria-mi antiguo sueño:
una noche de Mayo-bajo los tilos
estábamos sentados-los dos tranquilos

jurándonos eterna-fidelidad.
A las tiernas promesas-interrumpian
otras tiernas promesas-que, salpicadas
de confidencias, besos-y carcajadas,
garantizaban mútua-cordialidad.

Para que me acordase-del juramento
reiterado que entónces-tu boca hacia,
has mordido mi mano,-querida mia,
has mordido la mano-que te ofrecí:
¡oh, mi amada, la niña-de azules ojos!
¡oh, mi amada, la niña-de blancos dientes!
tus juramentos eran-muy suficientes,
la mordedura estaba-de más aquí.

XLVIII.

He subido á la cumbre
de la montaña
y un vago sentimiento
me embargó el alma.
Enagenado,
suspiré con ternura:
¡quién fuese pájaro!

Si yo me convirtiera
en golondrina,
volara hácia tu lado,
chiquita mia,
y fabricara
mi nido en los relieves
de tu ventana.

Si ruiseñor yo fuera,
chiquita mia,
desde los verdes tilos
te ofreceria
todas las noches
la coleccion completa
de mis canciones.

Si yo fuese canario,
con voz dulcísima
te divirtiera siempre,
chiquita mia,
si, como dices,
los canarios te alegran
con su palique.

XLIX.

He soñado una noche
que muerta te veia,
y desperté llorando,
y lloraba despierto todavía.

He soñado otra noche
que ya tú no eras mia,
y desperté llorando,
y lloraba despierto todavía.

He soñado otra noche
que tu amor poseia,

y desperté llorando
más que nunca; pues lloro todavía (1).

L.

Todas las noches te veo
en los sueños de mi alma;
todas las noches te veo
tan risueña, con tal magia,
que sollozando me arrojo
ciego á tus queridas plantas.

Al mismo tiempo me miras
con triste semblante y bajas
tu dorada cabecita:
tus bellos ojos derraman
líquidas perlas, las perlas
relucientes de tus lágrimas.

Tú me dices por lo bajo
entónces una palabra,
y un ramo de blancas rosas
me ofreces. Despierto... y falta
de mi mano el ramo, y quiero
olvidar ya la palabra.

(1) Esta gradacion es bellísima. Cuando el sueño le representa el cuadro de su amada muerta y fria, despiértase llorando; pero despierto, se desengaña de la mentira. Cuando sueña que pertenece á otro, derrama abundantes lágrimas; pero despierta y no sabe más ni ménos que lo cierto. Cuando, en fin, creia que era amado por ella, no sólo llora al despertar, sino que cae de lo alto de la ilusion querida al precipicio de la verdad amarga, y llora y continúa llorando todavía.

LI.

Es de noche: otoñales
lluvias y vendabales
retumban con estruendo;
las aguas se despeñan mugidoras...
¿Dónde estará á estas horas
mi tímida, mi pobre niña?... Viendo
estoy que se recuesta en su ventana
y que mirando está desde allí mismo,
lágrimas tiernas de dolor vertiendo,
las tinieblas profundas y el abismo.

LII.

El viento de otoño troncha
los árboles... Yo atravieso
á caballo por el bosque
embozado hasta el sombrero;
y mientras que yo cabalgo,
galopan mis pensamientos
delante de mí, llevándome
en las alas del deseo
á donde vive mi amada.
Al llegar, ladran los perros,
salen todos los criados
con hachones á mi encuentro
y subo por la escalera
de limpio mármol crujiendo
las espuelas. Mi adorada

está en un rico aposento
adornado con tapices,
perfumado con incienso.
Entónces entre sus brazos
me precipito frenético...

Pero á lo mejor, susurra
entre las hojas el viento
y murmura el viejo roble:
—¿Qué quieres tú, caballero
loco? ¿Qué quieres con ese
loco y mentecato sueño?

LIII.

Despréndese una estrella desde el cielo
sin luz ni resplandores:
es del amor la estrella! Caen al suelo
hojas blancas y flores
de los manzanos, pero el viento llega
y con las hojas y las flores juega.

Canta dentro el estanque
el cisne su cancion y tristemente
se aproxima y se aleja de la orilla;
su voz se va perdiendo lentamente,
y al fin calla, se oculta,
y en la líquida tumba se sepulta...

Todo reposa en fin; pero entretanto,
estrella y luz de vista se perdieron,
hojas y flores por el aire fueron,
y ni el cisne se ve, ni se oye el canto.

LIV.

Me he trasportado soñando
á un castillo gigantesco
de luces encantadoras
y gases mágicos lleno,
donde confusa bullia
por aquel dédalo inmenso
de salones, muchedumbre
de gentes que retorciendo
convulsamente las manos
y gritando al mismo tiempo,
buscaban una salida.
Señoras y caballeros
acá y allá pululaban,
encontrándome yo envuelto
en aquella batahola.
De pronto reinó silencio
y me ví solo, ignorando
cómo en tan breve momento
desfiló la muchedumbre
toda, desapareciendo...
Eché á andar por los salones,
que en la oscuridad se fueron
quedando... mis piés entónces
eran de plomo, mi pecho
llegó á sentirse oprimido
por un angustioso vértigo.
Cuando de hallar la salida
la esperanza iba perdiendo,
alcancé la última puerta;

pero en el mismo momento
de franquëarla, cortado
tambien el paso me encuentro:
—era mi amada, que estaba
pesarosa y con misterio
delante de aquella puerta;
sin embargo, habiendo vuelto
paso atrás, ella me hizo
con la mano un signo incierto
que interpretar yo no supe
si fue reproche ó consejo;
pero brillaba en sus ojos
tan vivo, tan dulce fuego,
que sentí violentamente
extremecerse mi pecho;
y mientras que me miraba
con aire extraño y severo,
aunque con amor tan grande...
de pronto me hallé despierto.

LV.

Estaba la noche fria,
soplaban helados vientos,
mientras que yo recorria
todo el bosque y sus lamentos
daba al aire el alma mia.

A los árboles el son
despertó de la tristeza
reflejada en mi cancion,
y... movieron la cabeza
con aire de compasion.

LVI.

Entierran al suicida comunmente
en una encrucijada:
una flor azulada
nace allí, que la gente
llama la flor del alma condenada.

Yo me detuve y suspiré mirando
por un rayo de luna iluminada
y en su tallo temblando,
aquella flor del alma condenada.

LVII.

Desde que de tus ojos
la claridad inmensa
no deslumbra á los mios
como en pasadas épocas,
rodëado me veo
de tinieblas espesas.

Para mí se apagaron
las luces de la estrella
del amor; un abismo
de profundas tinieblas
ábrese ante mis plantas:
¡trágame, noche eterna!

LVIII.

La noche se extendia
en mis ojos, y como
si dentro de mi boca hubiera plomo,
enervado yacía
en mi tumba. Despues de haber dormido
por tiempo indefinido,
sentí al fin que mis miembros se animaban
y desperté con ligereza, cuando
me pareció que estaban
á mi ataüd llamando:

—"¿No te levantas, pues, Enrique? el dia
eterno resplandece,
los muertos resucitan y aparece
la bienaventuranza y la alegría."
—"No me es posible, respondí á su ruego:
no puedo, amada mia."

—"¡Enrique! con mis besos, con mi amor,
me dijo, te daré luz y consuelo
y verás á los ángeles del cielo
y del cielo verás el esplendor."

—"Yo no puedo, mi amada, levantarme;
una palabra tuya proferida
causó en mi corazon tan grande herida
que no deja un momento de sangrarme."

—"Pondré en tu pecho, Enrique,
mi mano de manera
que el dolor dulcifique
de esa palabra infiel que te vulnera."

—" ! Oh ! no puedo, no puedo, vida mia:
otra herida me hiciste
y una bala de plomo en la cabeza
tengo desde aquel dia
en que á mi amor arrebatada fuiste."

—"Tambien, Enrique, con mis propios rizos,
la sangre contendré que salir deja
tu grave herida y calmaré al instante
el dolor incesante que te aqueja."

Suplicaba la voz de una manera
tan dulce y lisonjera,
que ya no pude resistir más tiempo,
y al ponerme de pié
se abrieron mis heridas,
brotó un caño de sangre... y desperté.

EPILOGO.

Ya, pues, de enterrar se trata
pesados y tristes sueños,
canciones malas y antiguas:
proporcionadme un inmenso
atäud, pero que sea
de bastante mayor hueco
que la gran cuba de Heidélberg (1).

Buscadme tambien un féretro
de planchas gruesas, compactas
y tan largo y tan extenso
como el puente de Maguncia (2).

Para llevar tanto peso,
buscadme doce gigantes
más fuertes que el corpulento
San Cristóbal de Colonia.

(1) En el sótano del castillo de Heidelberg está el gran tonel, de una cabida igual próximamente á 283.000 botellas.

(2) Maguncia, á la izquierda del Rhin, está unida á Castel, pequeña poblacion á la derecha del Main, por un puente de barcas sobre el primero de estos rios que mide unos 1.666 piés alemanes. Hay otro puente de hierro de 1.029 metros para uso del ferro-carril, construido en 1862, pero á este no podrá referirse el poeta por la fecha de su construccion.

Es necesario que luego
lo arrojen á lo profundo
del mar; porque tan inmenso
atäud tan grande fosa
necesita sin remedio.

¿Sabeis por qué causa pido
caja tan grande?... Es que pienso
enterrar tambien en ella
mi amor y mis sufrimientos.

REGRESO.

I.

En mi vida tenebrosa
una luz dulce brilló
otro tiempo: la luz dulce
más tarde se disipó,
y me vëo rodeado
de tinieblas y pavor.
Como cuando el niño á oscuras
con inquieta agitacion,
muerto de miedo, se pone
á cantar en alta voz
para desterrar su angustia,
niño loco tambien yo,
en mis tinieblas me pongo
á cantar... Si mi cancion
armónica no resuena,
á lo ménos disipó
más de una vez las angustias
de mi pobre corazon.

II.

Yo no sé qué significan
mi pesar, mi abatimiento,
esta grande pesadumbre...
Un cuento de antiguos tiempos
se me viene á la memoria
cuando en mi tristeza pienso.

Cae la noche lentamente,
sopla con frescura el céfiro
y el Rhin corre silencioso:
la cumbre del monte enhiesto
brilla con el resplandor
del sol poniente allá léjos.

A la vírgen más hermosa,
cuyo encantador aspecto
las miradas electriza,
el monte sirve de asiento.
Lucen sus joyas de oro:
son de oro sus cabellos.

Sus cabellos de oro peina
con un peine de oro, á tiempo
que modula una cancion,
una cancion de tal género,
que embarga su melodía
y aterroriza su acento.

En su barquilla se siente
penetrado el marinero
de un loco dolor: no ve

ni rocas, ni abismos, viendo
tan sólo á la hermosa vírgen
de los dorados cabellos.

Al final se me figura
que tiene la historia término
con que las olas se tragan
la barca y el marinero.
Con su cancion Loreléy
ocasiona todo esto.

III.

Muy triste está mi corazon, muy triste.
El mes de Mayo, sin embargo, muestra
la alegre ostentacion con que se viste,
y yo, agitado por pasion siniestra,
me apoyo sobre un tilo en la llanura
de flores tapizada y de verdura.

Abajo corre el rïo de la villa
apacible, azulado, silencioso,
y un niño se desliza en su barquilla
por él, silbando un canto melodioso:
del lado allá se ven pueblos y afueras,
hombres y bueyes, bosques y praderas.

Tienden ropa las jóvenes sirvientes
y corren por el césped. El molino
en los rayos de sol resplandecientes
hace danzar su polvo diamantino.
"Vén hasta mí" parece que murmura
su lontananza con sin par dulzura.

Hay en un torrëon una garita,
y un centinela jóven que se halla
vestido de encarnado y que la habita,
vá y viene sin cesar por la muralla
jugando con el arma, cuyo acero
del sol relumbra al rayo pasajero.

Juega con el fusil que al brazo lleva;
y al mismo tiempo que se mueve, espía,
presenta el arma y con fruicion la eleva,
se entretiene en hacer la puntería...
Quisiera que de un tiro pronto y cierto
sobre la arena me tendiese muerto.

IV.

Llorando yo en el bosque,
cantaba dulcemente
el tordo diligente:
«¿Por qué tan triste estás?»

—«Las golondrinas, ellas
que hicieron su morada
en casa de mi amada,
ellas te lo dirán.»

V.

Húmeda está la noche y borrascosa,
el cielo sin estrellas;
por el fondo del bosque,

bajo el follaje cuyas ramas suenan,
vago yo silencioso;
y aunque á lo léjos brille y resplandezca
una luz en la casa solitaria
del morador del bosque, la tristeza
que domina allá abajo
ni el menor atractivo me presenta.

En un sillon de cuero,
inmóvil y siniestra
sin pronunciar palabra,
como imágen de piedra,
sentada allí impasible
está la abuela ciega.

Vá y viene por aquella casa el hijo
del guarda-bosque; cuelga su escopeta
de la pared colérico
y una insolente carcajada suelta.

Llora, mojando el cáñamo con lágrimas,
la jóven hilandera,
y á sus piés se acurruca
gimiendo el perro de su padre y tiembla.

VI.

Cuando viajaba y hacia
la casualidad de modo
que á la familia encontrase
de mi amada, entónces todos,
hermanita, padre y madre
me saludaban con gozo.

Despues de hacerme preguntas
relativas á mí propio,
me negaban que estuviera
desfigurado del todo,
advirtiendo sólamente
la palidez de mi rostro.

Yo preguntaba por tias,
por sobrinas y por otros
fastidiosos compañeros,
y tambien por el cachorro
que ladraba por la casa
de tan agradable modo.

Tambien por mi amada antigua,
unida ya en matrimonio,
preguntaba; respondiéndome
del modo más amistoso
que estaba recien parida
en aquel mismo período.

Y daba amistosamente
mi parabien, así como
les encargaba risueño
que de mi parte, á propósito,
se sirvieran saludarla
mil y mil veces en coro.

Exclamaba la hermanita
de repente que el cachorro
tan pacífico, tan lindo,
creció mucho, y que en el fondo
del Rhin tuvieron que ahogarlo
porque se puso rabioso.

La chiquita se parece
á mi amada, sobre todo
cuando rïe; son iguales
sus ojos á aquellos ojos
que con su mirar han hecho
tan miserable mi horóscopo.

VII.

Mirando el mar estábamos sentados
del pescador en casa. Desde el suelo
subian de la tarde los nublados
elevándose al cielo.
Poco á poco se vió encendido el faro,
del navegante amparo,
y en lontananza apareció un navío.

Hablamos de naufragios, de borrascas,
hablamos del marino y sus azares
entre el calor y el frio,
entre el cielo y los mares,
pasando eternamente dividida
entre alegrías é inquietud la vida.

Hablábamos de costas muy remotas
al Sur y al Norte, de la rara gente
que habita esas comarcas, é igualmente
de sus raras costumbres casi ignotas.

—A la orilla del Gánges hay perfumes
y resplandores brillan;
allí florecen árboles gigantes,

y hermosos hombres, altos y arrogantes
ante la flor del loto se arrodillan.

Pequeña, sucia, con enorme boca,
con el cráneo aplastado,
es la gente en Laponia. En torno al fuego
se agrupan al calor, cuecen pescado,
se dan de golpes y alborotan luego...—

Escuchaban las jóvenes atentas
y al final no habló nadie. Ya el navío
de vista se perdió. La noche estaba
del todo envuelta en su crespon sombrío.

VIII.

A mi lado vén pronto,
vén, batelera,
y sin miedo aproxima
la barca á tierra;
que mano á mano
del amor hablaremos
enamorados.

Coloca tu cabeza
sobre mi pecho:
duerme en él y descansa,
no tengas miedo
tú que te fías
de la mar borrascosa
todos los dias.

Mi corazon es, niña,
como los mares;
tiene arrecifes, olas
y tempestades;
pero se encuentran
dormidas en el fondo
preciosas perlas.

IX.

Ha salido la luna iluminando
las olas. Yo me encuentro con mi amada
en mis amantes brazos recostada
y nuestros pechos juntos palpitando.
Así á la orilla de la mar, en blando
reposo, pregunté á la amable niña:
—"¿Por qué tiembla tu blanca mano? díme.
¿Qué te murmura el viento cuando gime?"

—"No es el gemir del viento lo que escucho,
respondió: lo que escucho es los cantares
de las vírgenes puras de los mares;
á las vírgenes oigo, hermanas mias,
que en el profundo Océano
se sumergieron en aciagos dias."

X.

El viento sopla con ímpetu;
la tromba marina azota
con tan redoblados golpes,

que enfurecidas las olas
aüllan, mugen y truenan.
De las nubes tenebrosas
bajan torrentes de lluvia;
dijérase en tal zozobra
que á tragarse el viejo Océano
la vieja Noche se arroja.

A acurrucarse en el mástil
acude la gavïota,
que lanza pequeños gritos
y plañidera solloza.
Parece como que siente
una profunda congoja
y á presagiar se dispone
alguna desdicha próxima.

XI.

La tempestad se agita, silba, ruge,
aülla. El viento con estruendo muge.
¡Héisa! ¡cuál danza la barquilla frágil!
terrible está la noche y pavorosa.

Una montaña de agua palpitante
forma la mar furiosa;
ábrese acá un abismo, allá adelante
el olëage sube
cual torre blanca en condensada nube.

Del camarote salen infinitos
rezos, clamores, maldiciones, gritos.

en espantosa y ruda algarabía.
Yo, al mástil con mis fuerzas agarrado,
me digo enagenado:
—¡Mejor por cierto en casa me estaria! (1).

XII.

Viene la noche; la niebla
cubre la extension del mar.
Las olas apénas turban
su dulce tranquilidad.
A lo léjos se levanta
una figura que va
de entre las olas surgiendo:
es el hada de la mar.

Viene y siéntase conmigo
de la playa en el divan,
descubriendo sus espaldas
blanquísimas por detrás
de sus velos entreabiertos.
Con tanta fuerza, con tal
amor me estrechan sus brazos,
que, oprimido hasta no más,
le digo: "Muy fuerte aprietas,
¡oh hermosa hada del mar!"

(1) No es el poeta quien habla, sino el hombre. Heine describe de mano maestra la tempestad á bordo; pero ese cuadro sublime de los elementos en lucha no le fascina hasta el extremo de olvidar la calma, la seguridad del que se está en su casa. No quisiéramos ver confundido este último verso con las salidas de tono de carácter bufo tan usadas en composiciones de escritorcillos de buen humor.

—"Te abrazo, dice, te oprimo
con tan vehemente ansiedad,
porque á tu lado pretendo
entrar en calor. Está
la noche tan cruda y fria!... "
La luna aparece allá
en la cumbre de las nubes
que forjan la tempestad.
—"La vista se te humedece
¡oh hermosa hada del mar!"

—"No se humedece mi vista,
responde, sino que está
humedecida, pues cuando
salí del agua á la faz,
quedó una gota en mis ojos..."
Gritos lastimeros dan
las gavïotas: gruñendo
se estrella el mar sin piedad
contra los duros peñascos.
—"Tu pecho agitando están
salvajes palpitaciones,
¡oh hermosa hada del mar!"

—"Agitado por salvajes
palpitaciones está
mi pecho en efecto, dice;
mi pecho agitan las más
salvajes palpitaciones;
porque te idolatro cual
ni aun yo misma con mi lengua
te lo pudiera expresar,

á tí, mi bizarro amante
de la familia de Adan.»

XIII.

Cuando me paso toda la mañana
ante tu casa, inmensa es la alegría
que experimento al verte en la ventana
á tí, chiquita mia.

Con tus ojos de un pardo oscuro miras
como diciendo: ¿qué es lo qué tú quieres?
¿qué buscas, extranjero que suspiras
con tal dolor? ¿quién eres?

—«Soy pöeta aleman de muchos hombres
conocido, los cuales me acreditan:
al recordar los más gloriosos nombres,
tambien mi nombre citan.

Y al recordar los nombres, sin embargo,
de los que sufren más duros tormentos,
hablan tambien de mi destino amargo
y de mis sufrimientos» (1).

XIV.

Brillaba el mar á lo léjos
con el último fulgor

(1) Cuando citan gloriosos nombres, nadie se olvida del popular poeta; pero cuando citan los de aquellos que padecen duros tormentos, tambien su nombre figura dignamente en la desgraciada pléyade. Esta es la corona del artista.

del sol poniente, y sentados,
solos y mudos, los dos
nos hallábamos delante
de casa del pescador.

Levantábase la niebla
desapareciendo el sol;
su seno inflaban las olas;
rápida y sin direccion
la gaviota volaba,
y de tus ojos se vió
desprenderse tiernas lágrimas,
tiernas lágrimas de amor...

Sobre tu mano corriendo
las ví con tal emocion,
que me arrodillé: en tu mano
blanquísima hincaba yo
mis lábios, y al par bebia
esas lágrimas de amor...

Mi cuerpo está consumido
desde esa misma ocasion
y moribunda mi alma
de deseos y de amor.
Alma y cuerpo con sus lágrimas
la infeliz me envenenó.

XV.

Allá en el monte elevado,
entre espesuras frondosas,
hay un castillo habitado

por tres jóvenes hermosas
de cuyo amor he gozado.

El sábado me abrazó
Jetta con pasion profunda;
Julia el domingo turnó,
y el lúnes casi me ahogó
con caricias *Cunegunda*.

No obstante, el martes siguiente
hubo fiesta por la noche,
y concurrió diligente
al castillo mucha gente
en sus caballos ó en coche.

No me invitaron á mí,
pero ¡qué tontas han sido!
las familias que hubo allí
lo notaron y han reido
cuchicheando entre sí.

XVI.

En el nublado horizonte,
como esas formas tan vagas
que en la niebla se dibujan,
se ve la ciudad lejana
con sus torres, del crepúsculo
vespertino rodëada.

Un leve céfiro riza
la superficie del agua
cenicienta: el marinero,

sentado sobre mi barca,
con movimiento monótono
sus remos levanta y baja.

Desprende el sol todavía
de entre las sombras que avanzan
un rayo más, y me enseña
el sitio donde mi alma
en otro tiempo ha perdido
todo lo que más amaba.

XVII.

¡Dios te guarde, oh gran ciudad
cuyo recinto guardaba
aquello que más amaba!
Torres y puertas, hablad:

—¿Dónde está mi amada bella
Yo mismo os la confié
y sois vosotras las que
debeis responderme de ella.

Pero las torres no son
culpables; pues no podian
correr cuando la veian
marchar con tal decision.

Lo son las puertas, que apriesa
el paso no le cerraron.
¡Oh! al verla salir quedaron
atónitas de sorpresa.

XVIII.

Por el camino que tan bien conozco;
por las calles que siempre transitaba,
de mi amada á la casa me dirijo
tan triste á la sazon y solitaria.

¡Oh! ¡qué estrechas las calles y qué duro
tambien el pavimento! Aquellas casas
parece que amenazan aplastarme.
Yo me apresuro y vóyme sin tardanza.

XIX.

Entré en la sala en donde oí frecuentes
juramentos de amor de mi adorada.
Donde vertió sus lágrimas mi amada
se arrastran hoy muchísimas serpientes.

XX.

La noche está muy tranquila
y las calles en silencio.
En esta casa es en donde
vivió mi amada; hace tiempo
que abandonó la ciudad
en hora funesta, pero
la casa se encuentra siempre
inmóvil en su terreno.

¡Es extraño! hay allí un hombre
de pié, mirando hácia el cielo

y retorciendo sus manos
del dolor en los accesos.
Yo me estremezco al mirarlo...
pero al resplandor sereno
de la luna, reconozco
ser yo mismo el que estoy viendo.

Díme ¡ oh tú, pálido amante,
sonámbulo compañero!
¿Por qué de ese modo imitas
los crüeles sufrimientos
del amor que tantas noches,
inmóvil en ese puesto,
mi corazon y mi alma
han torturado otro tiempo?

XXI.

¿Y cómo descansar puedes con calma
sabiendo que yo vivo todavía?
Mi cólera despierta, arde mi alma,
y á romper voy el yugo que sufria.

¿Conoces el cantar antiguo? — Vino
á media noche un muerto procurando
ver á su amada, y trémulo y sin tino
á su sepulcro la llevó arrastrando. —

Hermosa niña, créeme: vivo estoy,
y si te inspiran miedo los difuntos,
estoy vivo, mi hermosa niña, y soy
más fuerte que los muertos todos juntos.

XXII.

La jóven duerme en su cuarto;
la luna la mira trémula.
Aires de wals en la calle
voces é instrumentos suenan.
Por la ventana ver quiere
quién la turba y la despierta,
y un esqueleto que baila
y toca el violin ve afuera.

— " Tú prometiste, le dice,
bailar conmigo otra época
y has faltado á tu palabra.
Esta noche que habrá fiesta
y baile en el cementerio,
ven y serás mi pareja... "

Un espantoso deseo
de la jóven se apodera,
que hasta fuera de la casa
la arrastra con suma fuerza,
y detras del esqueleto,
que va delante de ella
cantando y al par tocando
el violin, marcha resuelta.

Brinca el esqueleto, baila,
toca el violin, choca y suena
sus huesos; y con su cráneo
acá y acullá, hace apriesa

en el claro de la luna
mil reverencias siniestras.

XXIII.

Mirando su retrato
estaba yo embebido,
y comenzó á moverse
la dulce imágen de mi amor antiguo.

Sonrïeron sus labios
con misterio dulcísimo,
y en sus ojos se vieron
lágrimas de dolor y de cariño.

Tambien corrió mi llanto
y me dije: ¡Oh! Dios mio,
Dios mio de mi alma,
yo no puedo creer qué la he perdido!

XXIV.

¡Qué desgraciado Atlas soy!
Tengo que llevar á cuestas
todo un mundo de dolores.
Llevo lo que no pudiera
llevar en sus hombros nadie,
y mi corazon se afecta
en términos que está á punto
de destrozarse de pena.

¡Oh corazon orgulloso!
tú has querido que así sea:
quisiste ser totalmente
feliz; quisiste á la fuerza
alcanzar dicha infinita
ó infelicidad completa.
Hoy, corazon orgulloso,
eres la misma miseria! (1).

XXV.

Yo soñaba; la luna dirigia
una triste mirada
sobre la tierra y triste parecia
tambien la luz de las estrellas, cuando
en la ciudad en donde está mi amada,
á muchas leguas, me encontré soñando.

Hasta su casa me llevó mi sueño,
donde el mármol besé de la escalera,
ese mármol que fuera
tocado tantas veces ú oprimido

(1) Este pensamiento vale un mundo de filosofía: en él se ve castigada la soberbia humana. ¿Qué extraño que el que ambiciona felicidad sin límite ó infelicidad completa, digámoslo así, jugando el todo por el todo, sufra las consecuencias de no haberse resignado á la ordinaria suerte de los mortales? Atlas, el personaje mitológico que se declaró en contra de los dioses y á favor de los titanes, fué condenado por Júpiter á sostener la tierra en sus hombros: no de otro modo castiga la Providencia al soberbio, justificando esta bella composicion.

por su pié tan pequeño,
por el borde ó galon de su vestido.

Era la noche fria
y la piedra tambien estaba helada;
en la ventana, en fin, ví que lucia
la cara de mi amada
por la luz de la luna iluminada.

XXVI.

¿Qué quiere de mí esta lágrima
solitaria que la vista
me enturbia? Aquí en mis ojos,
desde los antiguos dias,
permanece recordando
vicisitudes antiguas.

Muchas brillantes hermanas,
ya evaporadas, tenia:
evaporadas, por cierto,
en la noche y con las brisas
de mis eternas desgracias
y de mis fugaces dichas.

¡Ay! mi amor tambien cual soplo
se disipó de mi vida.
Vieja y solitaria lágrima:
desvanécete de prisa.

XXVII.

De enmedio de las nubes
sale la luna pálida;
y junto al cementerio
se vé sola y pacífica
la casa del pastor.
Lee la Biblia la madre;
los ojos en la lámpara
tiene puestos el hijo;
dormita echada lánguida
la mayor de las hijas,
y dice la menor:

—"¡Ay Dios! ¡de qué manera uno se hastía!
Es preciso que entierren algun muerto
para tener algo que ver."—"No es cierto,
le responde la madre
sin dejar un momento la lectura:
no han muerto más que cuatro desde el dia
que dieron á tu padre
allí, junto á la puerta, sepultura."

La mayor de las jóvenes bosteza
y replica á su madre:—"Yo no quiero
más hambre á vuestro lado;
me marcharé mañana con presteza
á la casa del conde, caballero
rico y enamorado."

Despues que el hijo da una risotada,
—"Tres cazadores, dice, que se van

á menudo á beber á la posada,
saben hacer dinero
y su secreto á mí me enseñarán. »

La madre arroja con impulso fiero
la Biblia á su cabeza, golpeando
su flaco rostro, y dícele estallando:
— "¿Quieres ser, condenado, un bandolero? »

Entónces á la ventana
de repente llamar óyese,
y ven una mano blanca
haciendo señales fúnebres
que inspiran sério temor:
es el padre, el padre muerto,
que, abandonando su túmulo,
allí fuera se presenta
encubierto con su hábito
negro de predicador (1).

XXVIII.

Hace un tiempo horroroso;
llueve, nieva, ventea;

(1) En este cuadro melancólico pintado á grandes rasgos y con siniestros colores, se advierte aquella nebulosidad fantástica y sombría á que tanto nos acostumbran las literaturas del Norte. El pensamiento del poeta, esto es, la intencion ulterior de estas estrofas no aparece bien clara: si trata de exponer la disolucion de una familia á la muerte de su jefe, y para mayor contraste, si el padre consagró su vida á suavizar los instintos, á inspirar sentimientos morales y piadosos, no falta por desgracia al cuadro un colorido de verdad que pasma á los corazones nobles é induce al excepticismo.

sentado á la ventana,
mirando estoy la oscuridad que reina.

Brilla una luz muy débil
que se traspone lenta:
es una viejecita
que por la calle va con su linterna.

Vendrá de comprar huevos,
la harina y la manteca
para hacer á su jóven
hija un pastel, de su desvelo en prueba.

Bien á gusto en su casa
recostada se encuentra
en el sofá la jóven,
cuyos ojos al sueño casi cierra.

Y la luz de la lámpara,
guiñándolos, contempla;
y sus dorados rizos
flotan sobre su frente dulce y bella (1).

XXIX.

Piensan que me aflijo mucho
y que me muero de amor,

(1) Tampoco es evidente la significacion de estos versos, á no ser que el poeta establezca cierto contraste entre los afanes, los sacrificios, las penalidades de una madre anciana y el reposo muelle de la jóven; esto es, el desvelo perseverante de aquella á quien el sér debemos, pocas veces recompensado por nuestro amor del modo que se merece.

y al cabo, como los otros
me lo voy creyendo yo.

¡Oh tú, querida chiquita
de grandes ojos! Por Dios
que siempre te he dicho cuánto
te idolatro y que mi amor,
que expresarte bien no puedo,
me consume el corazon.

Pero tan solo en mi cuarto
solitario es donde habló
mi lengua de tal manera;
¡ay! en tu presencia no,
en tu presencia ha callado
y enmudecido mi voz.

Malos ángeles la boca
me cerraban. Por la accion
de buenos y malos ángeles,
tan desgraciado ahora soy.

XXX.

Quisiera una vez más besar tus blancos
dedos de lis,
y apretarlos tambien contra mi pecho,
y en el silencio, en lágrimas deshecho,
despues morir.

Tus grandes ojos de violeta miro
siempre ante mí;
siempre, mi amor, me asalta este deseo:

los enigmas azules que yo veo,
¿qué significan? dí.

XXXI.

Dos se amaban y ninguno
quiso decírselo al otro.
Cual si fueran enemigos,
se miraban de rëojo,
y á morirse de cariño
estaban los dos muy próximos.

Se separaron al cabo,
sin verse ya más que sólo
en sueños, de tarde en tarde...
Desde tiempo muy remoto
y sin saberlo ellos mismos,
estaban muertos del todo.

XXXII.

Cuando á algun amigo mio
de mi dolor me quejé,
por contestacion no hallé
sino bostezos, desvío;
pero cuando á mi albedrío
el dolor que mi alma siente
en versos graciosamente
redondëados vertí,
del amigo recibí
la alabanza más ardiente.

XXXIII.

Llamé al diablo y vino el diablo;
á su vista, de sorpresa
me sobrecojí. No es feo
ni ciertamente cojea:
es un hombre encantador,
en la flor de la existencia,
oficioso, culto, amable,
que el mundo conoce á prueba;
es además consumado
diplomático y diserta
con elocuente palabra
sobre el Estado y la Iglesia.
Es algo pálido; pero
no es cosa que me sorprenda,
porque á estudiar se dedica
desde hace tiempo la lengua
sanscrita y tambien á Hégel.
Su predilecto poeta
es Klopstock. No quiere nunca
mezclarse en crítica séria,
confiando este cuidado
á Hècate, su cara abuela.
Me elogió que asíduamente
consagrase mis tareas
al estudio del derecho;
él mismo tambien confiesa
que en sus mocedades hubo
de ocuparse de esa ciencia.
Me dijo que no tenia

precio para él mi buena
amistad, á cuya frase
bajó cortés la cabeza;
preguntándome por último
si ya los dos otra época
no nos hallamos en casa
del embajador que era
de España. En efecto, cuando
ví su semblante de cerca,
de un antiguo conocido
noté encontrarme en presencia.

XXXIV.

Cuidado con mofarte, hombre, del diablo.
La vida es corta y el castigo eterno
que se nos dice haber en el infierno
no es una vana fábula vulgar.

Tus deudas, hombre, liquidar procura.
La vida es larga y puede todavía,
como otras veces, presentarse un dia
que á tu crédito tengas que apelar (1).

(1) Claro es: el temor á la muerte, ó sea, el horror de la naturaleza al vacío, hace de la vida una transicion efímera; no obstante, hay más dias que longanizas, como dice el vulgo, para que las vicisitudes turben nuestro reposo y hagan necesario el afianzamiento de nuestro crédito. La vida es corta, la vida es larga, bajo ese doble criterio, son otras tantas amonestaciones cuya novedad no existe sino en la forma especial de que las reviste Heine.

XXXV.

Iban los reyes magos del Oriente
preguntando por cada caserío:
"¿En dónde está, muchachos y muchachas,
de Belen el camino?„

Ni jóvenes ni viejos lo sabian.
Los reyes caminaban atraidos
por una estrella mágica dorada,
de resplandor tranquilo.

Sobre la casa de José la estrella
se detuvo, y entraron pues. El niño
gritaba, himnos los reyes entonaban,
y el buey daba mugidos (1).

(1) Nadie puede esperarse un delicioso recuerdo del Nuevo Testamento entre los breves cantos amatorios de Enrique Heine, entre la abigarrada miscelánea de amor y desengaños, de celos é ilusiones, de sueños y realidades, que constituye el fondo de estos poemas. Sin embargo, hé aquí un boceto pintoresco del nacimiento del Mesías, nueva aurora del mundo, y de la Adoracion de los Reyes. Lo que impresiona en estas breves estrofas es la manera, el procedimiento, esa forma objetiva donde no se trasparenta el pensamiento ni la emocion del poeta: es un género descriptivo, pictórico, por decirlo así, poco usado en las literaturas meridionales y muy propio de Heine, tan amante de la forma plástica.

XXXVI.

Cuando niños pequeñitos
éramos, mi niña amada,
íbamos al gallinero
á ocultarnos en la paja,
cantando el *quiquiriquí*
de manera tan análoga,
que oir á un gallo creia
la gente que transitaba.
En un paraje del patio
hallábamos grandes cajas,
cubriéndolas con tapices,
adoptándolas por casa
distinguida y recibiendo.
Con gran frecuencia la gata
vieja de nuestro vecino
á visitarnos entraba,
haciéndole toda clase
de cumplidos y de instancias
é inquiriendo sus noticias
con solícitas palabras.
¡Cuántas veces en el mundo,
en circunstancias análogas,
habremos hecho lo mismo
con más de una vieja gata!...
Tomábamos luégo asiento
para entablar una plática
séria y grave y lamentarnos
como gente de importancia:

"¡ Cuánto mejor que ahora todo
en nuestros tiempos andaba!
la fé, el amor, la lealtad,
¡de qué manera tan rápida
desapareció todo eso
de la sociedad humana!
y ¡ qué caro está el café !
y la moneda ¡qué escasa!..."
Fugaces despues pasaron
los juegos de nuestra infancia;
y la moneda y el tiempo,
la lealtad acrisolada,
la gente, la fé, el amor,
todo es efímero y pasa.

XXXVII.

Mi pecho está oprimido, pues con pena
pienso en las horas de la edad pasada.
¡Era entónces el mundo una morada
tan cómoda! ¡la vida era tan buena!

Hoy ¡ qué miseria! ¡ cuánto desconcierto!
¡qué extrema confusion y sobresalto!
El señor está muerto allá en lo alto;
aquí abajo, tambien el diablo ha muerto.

Todo está muelle, oscuro y enojoso,
todo un aspecto lánguido presenta.
Sin el resto de amor que áun nos alienta,
no hallara en nada el corazon reposo.

XXXVIII.

¡Qué brillante se ve salir la luna
de su negro crespon de pardas nubes!
Así de mis recuerdos tenebrosos
una vision iluminada surge:

Sentados en el puente
del rápido bajel,
bajábamos por medio
del Rhin con altivez,
y las orillas del undoso rïo,
orladas de verdor,
brillaban á lo léjos
con los ardores del poniente sol.

Estaba yo sentado
pensativo á los piés
de una tan seductora
como hermosa mujer;
sobre su dulce y pálido semblante
vagaba jugueton
un rayo todavía,
un rayo rojo del poniente sol.

Las jóvenes cantaban,
resonaba el läud;
¡oh inmensa dicha! el cielo
se puso más azul
y de alegría se ensanchó mi alma;
cual mágica vision,

montes, castillos, bosques,
todo pasaba rápido y veloz.

Montes, castillos, bosques y praderas:
todo en fin reflejado lo veia,
como en espejo diáfano, en los ojos
de aquella hermosa compañera mia.

XXXIX.

He visto á mi amada en sueños.
Era una pobre mujer
abatida de tristeza.
Su hermoso cuerpo, que fué
de tan marcada elegancia,
de tan flexible esbeltez,
se inclinaba ya marchito
cuando con ella soñé.
Llevaba un niño en sus brazos
y otro de la mano: al ver
su modo de andar, su traje
y su mirada ¡qué bien
se revelaba al momento
la miseria y la escasez!
Vacilando por la plaza
del mercado la encontré.
Me miró, yo con voz triste
y reposada: — "Mujer,
le dije, ven á mi casa:
estás pálida y tambien
parece que estás enferma;
yo te daré de comer;

á esos dos niños que vienen
contigo los cuidaré;
pero á tí más que á ninguno,
pobre niña que te ves
desamparada en el mundo
sin apoyo ni sosten!
Lo mucho que yo te amaba
no te lo recordaré,
y serás cuando te mueras
llorada por mí tambien „ (1).

XL.

¿A qué cantar, mi amigo, á todas horas
una misma cancion?
¿Vas á estar siempre ahí firme, arrellanado,
empollando los huevos de tu amor?

Obra es ¡ay! que jamás verá su término:
al cabo los polluelos ven la luz,
rompen el cascaron, saltan y pían;
mas en tu libro los enjáulas tú.

(1) Esta cancion respira neto realismo: no por eso dejan de reflejarse en ella sentimientos tiernos y espirituales. El amante sin esperanza encuentra en la miseria al ídolo de su amor y le ofrece como en los dias de andanza el sublime holocausto de su cariño: la *pobre mujer abatida de tristeza* ocupa el mismo lugar en su corazon. Lleva dos niños, uno en los brazos y de la mano el otro; pero el poeta no quiere darse por entendido de que sean los hijos de su inconsecuente adorada; ántes bien dice: «esos dos niños que te acompañan.» ¿Cabe más delicadeza?... Prométele proteccion y no recordarle nunca que la ha amado: hé aquí tanta ó más delicadeza todavía.

XLI.

No perdais la paciencia si los sones
de mi dolor pasado
resuenan casi siempre en mis canciones.

¡Esperad! que algun dia,
de mi dolor el eco disipado,
brotará una esplendente
y nueva primavera de poesía
mi corazon, al fin, convaleciente.

XLII.

Ha llegado, pues, la hora
de renunciar cuerdamente
á mi estraño desvarío:
¡há tanto tiempo que siempre
como un histrion hago farsa
conmigo mismo!... Otras veces
las ricas decoraciones
estaban brillantemente
pintadas en el estilo
romántico más solemne,
una capa me cubria
de caballero, luciente
con oro, y me perfumaban
los sentimientos más fieles.

Mas ¡ay! cuando ya estoy cuerdo;
cuando he renunciado á ese

loco sentimentalismo,
tampoco dejo de verme
tan desventurado como
si la comedia áun hiciese.

Sin darme cuenta ¡oh Dios mio!
por distraccion ó deleite,
he expresado todo aquello
que experimentaba siempre,
y cuando de gladiador
moribundo los papeles
representaba, en el pecho
llevaba tambien la muerte.

XLIII

Lleva el rey Visvamitra resignado
sus contínuos tormentos, porque ansía
ganar con penitencias dolorosas
la vaca del presbítero Vasista.

¿Qué animal, Visvamitra, eres entónces?
¡Qué! ¡tanta lucha, penitencia tanta,
semejante tortura,
y todo, en conclusion, por una vaca! (1).

(1) Para comprender el sentido ligeramente epigramático de esta composicion tan breve como extravagante, que intercala Enrique Heine entre sus cantos de amor, es necesario conocer el fondo del poema indio el *Ramayana*, monumento antiquísimo de la literatura primitiva del mundo.—En el capítulo LIII de esta epopeya léese que Visvamitra, *el héroe de la fuerza poderosa*, comparece ante Vasista, *el príncipe de los anacoretas*, que otorga toda clase de honores á aquel *dueño de la tierra*.

XLIV.

¡Corazon, corazon mio!
No estés triste; sobrelleva
tu destino, que una nueva
primavera llegará,
cuyo benéfico soplo,
cuya ráfaga bendita
lo que el invierno te quita
otra vez te lo dará.

Entónces *el mejor de los reyes, el resplandeciente Visvamitra*, despues de una conferencia amistosa hasta el extremo con *el hijo de Brahama, el asceta de las duras maceraciones* y *el más distinguido entre los que rezan en baja voz*, es convidado por este á un gran festin en union de todo su ejército, para lo cual llama á *la vaca inmaculada*, cuya teta maravillosa da á quien la ordeña toda especie de beneficios á medida de su deseo.—En el capítulo siguiente se lee que el monarca pide á Vasista su vaca (llamada *Zabalá*) diciéndole: «Dame á Zabalá por cien mil vacas.» El asceta le responde que no se la daria ni por montes de plata. El rey le ofrece catorce mil elefantes con adornos de oro, ochocientos carros suntuosos, once mil corceles y diez millones de vacas, á lo que aun Vasista se niega.—El rey, segun se ve en capítulos posteriores, quiere robar la vaca; pero esta por sí sola crea sucesivamente ejércitos y guerreras tríbus que despedazan al del poderoso dueño de la tierra. Así humillado Visvamitra, cae en el desprecio de sí mismo, se retira á una selva cercana al Himalaya y se consagra á la más austera penitencia. Rehabilitado por ella, dále un genio superior nuevas armas al parecer omnipotentes; pero, dirigidas contra Vasista, sucumbe segunda vez reconociendo que *la verdadera fuerza es inseparable del esplendor brahmánico* y resuelve hacerse brahman á fuerza de maceraciones y de tormentos.

¡Y cuántos bienes te quedan
para hacerte venturoso!
¡Es el mundo tan hermoso!
¡Es tan hermosa la luz!...
Y despues, corazon mio
que nada en el mundo esperas,
todo, todo cuanto quieras
áun puedes amarlo tú (1).

XLV.

Bella, graciosa y pura
como una flor! Cuando mi pecho hierve
mirando tu hermosura,
se apodera de mí dulce tristeza,
y mis manos coloco en tu cabeza
rogando á Dios que siempre te conserve
tu hermosura, tu gracia, tu pureza.

XLVI.

Hago todo lo que puedo,
niña de mi corazon,

(1) Es necesario meditar, reflexionar, inspirarse para comprender los sentimientos de Heine al través de esa forma tan sencilla como ingénua. Esta composiccion termina de un modo delicadísimo: despues de aconsejar á su corazon que sobrelleve sus penas con la esperanza de una nueva primavera, por decirlo así, restauradora, le mueve á saborearlas hermosuras del mundo, sus bienes, sus deleites, sus resplandores, y lo que es más para un corazon hidalgo y generoso, *la dicha de amarlo todo*, el consuelo de poder amar cuanto se quiera, volviendo á hallar en los efluvios del cariño los nobles goces del alma.

para que por mí no sientas
lo que por tí siento yo;
pues si tu corazoncito
ardiera en igual amor,
te aseguro, vida mia,
que fuese tu perdicion.

Sin embargo, estoy perdiendo:
es tan claro como el sol
que mi juego es franco y limpio
como quizás no haya dos;
y más de una vez me digo
enagenado de amor:
¿Por qué no me quieres, niña,
niña de mi corazon?

XLVII.

Cuando de noche en cama
busco el reposo,
de tinieblas envuelto,
flota á mis ojos
enmedio el aire
una dulce, adorada
y hermosa imágen.

Cuando despues tranquilo
sueño me cierra
los párpados cansados,
la imágen bella
se me aparece,
ingerida en mi sueño,
sutil y breve.

Pero no se disipa
por la mañana
cuando ya mis delirios
y ensueños pasan,
sino la llevo
conmigo á todas horas
dentro del pecho.

XLVIII.

Que la nieve por fuera se amontone,
que granice, y los vientos otoñales
y el huracan azoten mis cristales,
no me lamento ni me asusto yo;
porque llevo en mi pecho á todas horas
la imágen de mi amada lisonjera,
y con ella una alegre primavera
eternamente está en mi corazon.

XLIX.

¿No dice bastante
mi pálido rostro
lo mucho que sufro,
lo mucho que lloro?
¿Quieres que mi boca
te lo diga todo?
¡Oh! no: es orgullosa
mi boca de modo
que besos y bromas

dar sabe tan solo.
Quizás lanzaria
un sarcasmo irónico,
teniendo mi pecho
destrozado y roto.

L.

Contigo quise yo permanecer;
á tu lado anhelaba descansar;
mas tú te apresurabas á marchar
teniendo á la sazon mucho que hacer.

Entónces te juré que el alma mia
te estaba por completo consagrada;
tú soltaste una alegre carcajada
con ademan de mofa ó de ironía.

A irritar mi despecho, despues de eso,
te dedicaste en fin perseverante,
y en el adios, en el postrero instante
de despedirnos, me negaste el beso.

Pero no me supongas decidido
á saltarme los sesos ni á morir
por muy triste que fuese el porvenir:
¡esto, mi hermosa, ya me ha sucedido!...

LI.

Tus ojos son zafiros,
tus dulces ojos, tus queridos ojos.

¡Oh! dichoso tres veces
el hombre á quien saluden amorosos!

Tu corazon es rico
diamante que despide nobles rayos.
¡Oh! dichoso tres veces
el hombre por quien arda enamorado!

Tus labios son rubíes:
más bellos no los hay ni se suponen.
¡Oh! tres veces dichoso
el hombre á quien declaren tus amores!

Si yo lo conociera;
si lo encontrase sólo, allí, muy solo
en el fondo del bosque,
toda su dicha le durara poco...

LII.

Por mucho tiempo he querido
con mis amorosas pláticas
sorprender tu corazon;
pero, en mis lazos cogido,
en cosa séria por último
se convirtió mi ficcion.

Si, en tu derecho, te alejas
de mi lado ahora burlándote,
todo el poder infernal
se aproximará á mis quejas,
y entónces, saltarme el cérebro
podré de un modo formal.

LIII.

El mundo y la vida son
nada más que unos fragmentos
desordenados y exentos
de unidad y trabazon.

Yo quiero buscar al punto
un profesor aleman
que los coordine con plan,
bajo racional conjunto.

Con su gorro de dormir
y su bata, en conclusion,
podrá de la construccion
las hendiduras cubrir.

LIV.

Teneis esta noche
brillante reunion;
teneis en la casa
iluminacion.
Allá arriba en esa
ventana con luz,
se mueve una sombra
que produces tú.

Tú no me ves: yo me oculto
en la sombra con sigilo,

y áun ménos ves en el fondo
de mi corazon sombrío.

Tú no lo ves: mi corazon sombrío
te adora, sí, te adora y se me quiebra,
se me quiebra y palpita y echa sangre...
pero tú no lo ves, no lo penetras.

LV.

Yo quisiera que todos mis dolores
tuviesen nada más que una palabra
que pudiera entregar al jugueteo
de juguetonas áuras.

Llevaran hácia tí, querida niña,
esa palabra de dolor preñada,
y á tu oreja sin tregua ni descanso
su acento resonara.

Y hasta en lo más profundo de tu sueño,
y hasta en lo más recóndito del alma,
por toda tu existencia escucharias
la dolorosa y funeral palabra.

LVI.

Tienes perlas y diamantes:
todo lo que las mujeres
necesitan y desean,
que no es poco, tú lo tienes.

Tienes ademas los ojos
más bellos del mundo; al verte,
se rinden los corazones.
Niña mia ¿qué más quieres?

A tus ojos he rimado
mil canciones diferentes
que nunca perecerán.
Niña mia ¿qué más quieres?

Con tus bellísimos ojos
me vas causando la muerte
de una manera insensible.
Niña mia ¿qué más quieres?

LVII.

Quien sin ser correspondido
ama por la vez primera,
es un héroe, un dios quizás;
pero quien ama abatido
otra vez de esa manera,
es un tonto y nada más.

Yo, por mi negra fortuna,
amo sin que me desvíen
el desprecio ni el desden.
Los astros, el sol, la luna
á carcajadas se rien;
yo rio... y muero tambien.

LVIII.

Buenos consejos y advertencias buenas
de mis amigos todos recibí;
recibí á manos llenas
para consuelo de mis grandes penas
pruebas de afecto y de interés por mí:
¡Paciencia! me decian
los que otorgarme proteccion querian.

Pero con tanta proteccion, no obstante,
bien hubiera podido haberme muerto
si un hombre fiel, intrépido, arrogante
no me hubiera amparado en mi desierto.
¡Hombre intrépido y fiel! agradecido
le estoy, porque por él no he sucumbido.
Mi gratitud sincera
eterna será siempre como es hoy;
mas no puedo abrazarlo aunque quisiera,
porque... el hombre que obró de esa manera
yo mismo y nadie más, yo mismo soy (1).

(1) En los grandes percances de la vida, no puede uno abrazar á su salvador con la efusion del agradecimiento, porque es uno mismo el que se saca de sus aprietos. Los demás recomiendan paciencia. El pensamiento de estas estrofas es una amarga verdad y un saludable consejo: que no fiemos más que en la propia iniciativa.

LIX.

Sueño que soy Dios yo mismo:
allá arriba, en las esferas
celestes, ocupo el trono
y sentados me rodëan
los ángeles entonando
mis composiciones métricas.
Cómo sin tasa pasteles
y confituras diversas,
bebo Málaga y no tengo
ni obligaciones ni deudas;
y sin embargo el hastío
de modo tal me atormenta,
que de nuevo prefiriese
hallarme sobre la tierra
y que á no ser todo un Dios,
al mismo diablo me diera.
— " Tú, Gabriel, exclamó entónces,
arcángel de largas piernas:
anda pues, ponte en camino
y vé á buscarme de priesa
á mi digno amigo; no
lo busques en academias
ni en la universidad: búscalo
en una oscura taberna
de bebedores; no vayas
en busca suya á la iglesia
de Santa Eduvigis, sino
á casa de alguna bella. "
El ángel abre sus alas

y por el espacio vuela
trayéndome sin demora
á mi digno amigo, ó sea,
á mi muy querido Béngel.
—"Sí, jóven, aquí me encuentras,
le digo, siendo el gran Dios
y gobernando la tierra!
bien te dije que sabria
el modo de hacer carrera.
Aquí realizo milagros
que te causarán sorpresa,
y con el único objeto
de que distraërte puedas,
voy á labrar la ventura
de la ciudad berlinesa.
Quiero hacer que de las calles
se rajen todas las piedras
y en cada una se encuentre
una ostra clara y fresca.
Quiero que espeso rocío
de limonada descienda
y el mejor vino del Rhin
manen las fuentes abiertas.
¡Cómo van á divertirse
los berlineses! ¡Cuál llegan
á regalarse! ahí los tienes:
esos señores que cuenta
el áulico tribunal
van á agotar con violencia
los arroyos. ¡Qué felices
van á hallarse los poetas
con esta farsa divina!

Los tenientes y banderas
lamerán todas las calles.
Son la gente más discreta:
bien saben que tal milagro
no se ve así como quiera „ (1).

LX.

Del mes de Julio en los hermosos dias
te dejé, y vuelvo á verte el mes de Enero.
Calor entónces por demás tenias:
hoy demuestras frialdad, y bajo cero
están tus manos, tus miradas frias.

(1) Estas estrofas producen á primera vista una impresion extraña. La excentricidad de Héine, llevado impetuosamente por ese espíritu innovador que no reconoce ley, ha comprometido su inspiracion y penetrado lo impenetrable. Los ensueños pueden crear todo género de extravagancias; la imaginacion puede llegar al absurdo; pero soñar que uno es Dios no es fácil que tenga ejemplo ni que, teniéndolo, deba ser consignado en ninguna literatura. Sueña el poeta que es Dios y que gobierna el mundo; los ángeles cantan sus versos; y aunque disfruta de una existencia cómoda y tranquila, se aburre como cualquiera de los mortales. Por medio de Gabriel, el *ángel de las piernas largas* (lo que es sin duda un epígrama dirigido á los pintores y artistas que de este modo lo representan) llama á su lado á su amigo Béngel, especie de *bohemio* de buen humor, á cuyos ojos realiza en la ciudad de Berlin raros milagros que no conducen sino á distraer á su amigo y á mofarse de los berlineses.

La alegoría no es, pues, irreverente. No se propone el poeta vulgarizar el cielo; ántes bien se vulgariza él mismo, que, ocupando un sólio altísimo para el hombre, no deja de ser por eso una criatura humana con todas sus pequeñeces, con sus hábitos, con sus miserias. No es más que el modo de ser de Héine trasformado en Dios bajo la fascinacion del sueño.

Pronto te dejaré; pero confío
en no volver á verte cual te dejo.
Entónces no tendrás calor ni frio:
pisaré tu sepulcro, y seco, viejo,
decrépito estará el corazon mio.

LXI.

De los labios seductores,
de los dulcísimos labios
de mi amada de mi alma,
héme aquí pues arrancado.
¡De qué buena gana hubiese
permanecido en sus labios
y en sus brazos otro dia,
una hora más!... Sin embargo,
llegó el postillon al punto
conduciendo los caballos.

Hé aquí pues, niña, la vida.
La vida es un trance amargo,
una despedida eterna,
un lamento sin descanso,
un adios que dura siempre.
¿No pudiera en todo caso
unirse tu pecho al mio
con más fuerza?... Tus rasgados
ojos tambien ¿no pudieran
retenerme con su encanto?...

LXII.

Permanecimos en coche
toda la noche los dos.
Hemos reposado, el uno
encima del corazon
del otro, alegres riendo.
Despues, cuando apareció
la claridad matutina,
¡ cuál no fué nuestra impresion!
Sentado estaba entre ambos
el viajero ciego, Amor.

LXIII.

¡ Dios sabe donde está la niña loca!
A través de la lluvia duradera,
la maldicion en boca,
héme corriendo la ciudad entera.

De fonda en fonda preguntando he estado
por ella á cada necio de criado.
De pronto, la descubro en su ventana
con risueño semblante.
¿Cómo pudiera adivinar, mi hermosa,
que habitaras palacio semejante?

LXIV.

Las casas todas se extienden
como tenebrosos sueños
en rectas y largas filas;
y yo, con mi capa envuelto,
por delante de ellas paso
sumergido en el silencio.

Son ya las doce en la torre
de la catedral; por cierto
la hora misma en que mi amada
me está esperando á pié quieto
con sus amantes hechizos,
con sus deliciosos besos.

La luna, mi amable guia,
ilumina con misterio
mi camino. Héme pues firme
ante el umbral que da ingreso
á la casa de mi amada,
prorumpiendo en estos términos:

" Gracias, oh luna, mi antigua
amiga, por el desvelo
con que mi oscuro camino
iluminan tus destellos.
Ya pues te despido, luce
ya del mundo para el resto. "

" Y si algun enamorado
encuentras que en el silencio

se queje de las torturas
de su corazon, consuélalo
como á mí me consolaste
en mis afligidos tiempos.»

LXV.

Y cuando llegues á ser,
niña mia, mi mujer,
será tu suerte de modo
que para tí sëa todo
frivolidad y placer.

Riñeme, enfádate, sí:
ten seguro que no acabas
nunca enfadándome á mí;
mas... si mis versos no alabas,
me divorciaré de tí.

LXVI.

He echado mi cabeza
sobre tu blanco seno como nieve,
y aquello que hace palpitar tu pecho
lo puedo sorprender secretamente.

Los húsares azules
tocando en tanto las trompetas vienen
á hacer de la ciudad por la ancha puerta
su entrada bulliciosa cuanto alegre.

Mañana abandonarme,
mi amada de mi alma, sé que quieres;
mas hoy aun eres mia y en tus brazos
procuro ser dichoso doblemente.

LXVII.

Los húsares azules
cabalgan á compás
tocando las trompetas
camino á la ciudad.
Yo llego á tí, mi bien que tanto amo,
y de rosas de olor te ofrezco un ramo.

¡Terrible batahola!
¡Qué estrépito marcial!
¡Con qué fragor sonaban
las armas al chocar!
En tu pecho se hallaba aquel momento
más de un militar alojamiento.

LXVIII.

¿De amor cambiaste
tan de repente?
¿tan mal me tratas?
¿tan mal me quieres?
Al mundo entero
diré mil veces
la série amarga
de tus desdenes.

¡Oh ingratos labios,
labios de sierpe!
¿Sois tan mudables,
sois tan crueles,
que vano olvido
sólo os merece
quien os besaba
tan locamente?

LXIX.

Hé aquí los ojos ¡ay! que me miraban
con amistad tan pura;
hé aquí los mismos labios
que colmaban mi vida de dulzura.

Tambien esta es la voz que oyera siempre
con sin igual agrado.
Yo soy quien no es el mismo;
sólo yo estoy del todo trasformado.

Entre sus blancos brazos que me estrechan
movidos de pasion,
permanezco sombrío,
inmóvil, en su amante corazon.

LXX.

Que rara vez, amigos, en el mundo
nos hemos entendido, es evidente:
tan sólo al vernos en el lodo inmundo
nos hemos comprendido fácilmente.

LXXI.

Los castrados se quejaron
cuando levanté mi voz
diciendo que era muy brusca,
muy grosera mi cancion,
y cantando en coro todos
graciosamente, se oyó
su vocecita aflautada
con trinos de ruiseñor.

¡Era tan sutil, tan pura,
tan süave su cancion!...
Cantaban de amor las ánsias
y los goces del amor,
y lloraban las señoras
pasmadas de admiracion
ante aquellas maravillas
que el arte humano creó.

LXXII.

Son los aires en los fuertes
de Salamanca halagüeños
y amorosos. En las noches
de verano, me paseo
por ellos con mi graciosa
doña en el mayor silencio.

Despues de extender mi brazo
al rededor del esbelto

cuerpo de la hermosa dama,
mis afortunados dedos
sintiendo están la orgullosa
palpitacion de su seno.

Pero un murmurio se agita
por entre el follage espeso
de los tilos, y un sombrío
molino de agua siniestros
y tristes presagios gruñe
con malevolencia y duelo.

¡Ah, *señora!* yo seré,
me dice el presentimiento,
de vos alejado en breve
por un arresto académico:
los fuertes de Salamanca
juntos ya no pasearemos.

LXXIII.

Cerca de mi casa vive
don Henriquez, á quien tengo
entendido que le llaman
el hermoso caballero.
Son nuestros cuartos vecinos,
una pared hay por medio.

De Salamanca á las damas
se les enardece el pecho
cuando pasa por la calle
el bigote retorciéndose,

resonando las espuelas
y con su jáuria de perros.

Sin embargo, por la noche
en las horas de silencio,
sentado está solitario
con la guitarra en los dedos,
alimentando en el alma
dulces y amorosos sueños.

A su sola fantasía
se abandona y pulsa trémulo
de la guitarra las cuerdas...
¡Ah! el zumbido, los acentos
de sus acordes me causan
náuseas y extremecimiento (1).

LXXIV.

No bien nos vimos cuando ya en tus ojos,
en tu voz comprendia
que á mí te consagrabas y eras mia.
Creo que á no estar presente
allí tu madre, tu maldita madre,
nos abrazamos instantáneamente.

(1) Sin duda en estas estrofas, como en las otras del mismo género, quiso Heine inspirarse en algun recuerdo de España, país que no llegó á conocer sino en libros. El hijo de Dusseldorf se trasforma en estudiante salamanquino, personifica sus amores en la graciosa *doña*, como dice el texto, y bosqueja un tipo de caballero antiguo, los acordes de cuya guitarra le provocan náuseas.

Y héme aquí pues que la ciudad mañana
dejaré, prosiguiendo mi viaje.
Mi rubita querida
me atisvará asomada á su ventana:
yo le enviaré mi amante despedida.

LXXV.

Ya sube el sol por la altura
de los montes. A lo léjos
óyense las campanillas
del rebaño de carneros.
¡Oh amada mia, sol mio,
mi dulce amor, mi cordero!
¡Cuánto anhelara yo verte
una vez más á lo ménos!

Levanto los ojos, miro,
y aunque sin certeza, espero
aún verla. — Adios, niña mia,
que de este país me ausento!
¡Vana esperanza! ninguna
cortina elevarse veo.
Durmiendo estará... y ¡quién sabe
si me consagra su sueño!

LXXVI.

En Hall (1), sobre la plaza del mercado,
dos enormes leones se levantan.

(1) Halle.

¡Ay! ¡de qué modo, intrépidos leones,
os han abozalado, os abozalan!

En Hall, sobre la plaza del mercado,
se levanta un gigante: lleva espada,
mas no sabe moverse, porque el miedo
petrifica al gigante y le acobarda.

En Hall, sobre la plaza del mercado,
una iglesia espaciosa se levanta.
Para sus devociones tienen sitio
allí las *Burschenschäft* y *Landmannschäfta* (1).

LXXVIII.

El crepúsculo sereno
de las tardes de verano

(1) *Burschenchaft* y *Landmannschaft* no tienen traduccion; porque *estudiantina* y *paisanaje* no expresan la idea de estas sociedades. Desde muy antiguo se agrupaban en Alemania los estudiantes de las Universidades, ya por países ó por provincias, ya en fin, por inclinacion, formando las *Landsmannschaften* y haciendo vida comun bajo estricta sujecion á un código que sobre duelos, eleccion de jefes y otros casos, dictaba reglas. Análogas, aunque opuestas, eran las *Burschenchaften*, la primera de las cuales se fundó en Jena en 1815 por estudiantes que habian hecho la guerra de la Independencia, extendiendo su creacion á Halle, Heidelberg y otras ciudades, y llegando á reunirse en 1818 las de catorce Universidades bajo una constitucion comun. Opuestas á las primeras en cuanto aspiraban á borrar las diferencias de países, el espíritu provincial ó exclusivista que aquellas fomentaran, incurrieron estas otras en la obcecacion política; llegando el caso de procederse judicialmente contra las conspiraciones demagógicas de algunas de estas colectividades.

se extiende sobre los bosques
y sobre los verdes prados.
La luna dorada inunda
desde el cielo con sus rayos
la atmósfera embalsamada
de los perfumes del campo.

El grillo canta á la orilla
del manantial, bulle un algo
en las entrañas del agua,
el viajero oye á su paso
un murmullo y como cierta
respiracion alterando
el silencio de la noche
tranquilo, sereno, plácido.

En las aguas trasparentes
del manantial, allá abajo,
se baña la hermosa ondina
en retiro solitario:
sus blanquísimas espaldas,
como sus graciosos brazos,
resplandecen de la luna
á los argentinos rayos.

LXXVIII.

Ya la noche se extiende
por los caminos largos é ignorados;
triste y enfermo está el corazon mio,
mis miembros extenuados:
pero al ménos ¡oh dulce luna! como

bendicion silenciosa,
derramas sobre mí tu luz hermosa.

Dulce luna: tus vivos resplandores
ahuyentan de la noche los temores,
y por tu influjo siento
cubrirse mis mejillas de rocío
y disiparse todo mi tormento.

LXXIX.

La muerte es la noche fria,
la vida es un largo dia...
Baja la sombra, y me duermo
so el peso de la agonía
de mi corazon enfermo.

Sobre el lecho se levanta
un árbol en donde canta
voz nueva de ruiseñores,
hasta en mi sueño, la santa
música de los amores.

LXXX.

¿Qué fué, díme, de aquella amada hermosa
á quien cantabas con tan dulce voz
cuando mágicas llamas abrasaban
tu ardiente corazon?

—Las llamas se apagaron; triste y frio
está mi corazon,
y este libro pequeño es la urna donde
reposan las cenizas de mi amor.

Donado á la Biblioteca
Universitaria de Granada,
en memoria del malo-
grado poeta
BALTASAR MARTINEZ DÚRAN.

NUEVA PRIMAVERA.

I.

En esas galerías de pinturas
que de la Pompadour al tiempo datan,
se suele ver la imágen de un guerrero
que á marchar al combate se prepara
armado de los piés á la cabeza,
escudo al brazo y en el ristre lanza.
Ligeros amorcillos le provocan
y el escudo y la lanza le arrebatan,
y no obstante su esfuerzo y resistencia,
con cadenas de flores le embarazan.
De este modo, con mezcla de alegría
y de dolor, combato con mis trabas,
en tanto que otros á luchar acuden
en pro la libertad á la batalla.

II.

Bajo un árbol sentado
blanco de escarcha, estás oyendo el viento
á lo léjos silbar y ves las nubes
cubriéndose de un velo ceniciento.
Ves cuán muertos parecen bosque y prado,
qué arrasados, qué calvos: te rodea
el invierno, el invierno está en tí mismo
tambien y está tu corazon helado.

Tu cabeza de pronto se blanquea
con albos copos, é imaginas sea
que aquel árbol se mueve
y en tu frente sacude
su polvillo de nieve;
mas no tardas en ver con alegría
que no es polvo de nieve: son las flores
de primavera ricas en olores,
que te envuelven é inquietan á porfía.

¡Oh encanto de agradables sensaciones!
En Mayo se convierte el crudo invierno,
la nieve en flores se trasforma al punto,
y hasta tu corazon medio difunto
ama de nuevo enamorado y tierno.

III.

Todo en el bosque reverdece y brota
cual bajo la emocion de una alegría

virginal é inefable. El sol, que envia
una amable sonrisa á la pradera,
desde la altura de los cielos dice:
"Salud, oh hermosa y jóven primavera!"

Tambien yo, ruiseñor, oigo tu acento
compuesto de sollozos de dolores
y de notas de júbilo y contento:
tu cancion, ruiseñor, no es más que amores.

IV.

¡Qué llenas de consuelo,
qué süaves miradas
los ojos de la noche
primaveral derraman!...
Si de hallarte abatido
el amor fué la causa,
el amor por sí solo
reanimará tu llama.
Sobre el tilo se posa
el ruiseñor y canta,
y á medida que el canto
penetra hasta mi alma,
el alma toda entera
siento que se dilata.

V.

Amo á una flor é ignoro á qué flor amo,
de cuya causa emana mi dolor;

miro en todos los cálices y en ellos
buscando voy en vano un corazon.

Las flores diseminan sus aromas,
el sol se pone, canta el ruiseñor,
y un corazon hermoso como el mio,
con tan tierna emocion, buscando voy.

El risueñor resuena sus cantares,
de los cuales comprendo el dulce son;
los dos estamos ¡ay! tan oprimidos
¡tan inquietos estamos ¡ay! los dos!...

VI.

Mayo ha venido, las plantas
y los árboles florecen;
las nubes color de rosa
cruzan la esfera celeste,
y cantan los ruiseñores
en la enramada silvestre,
y bala el cordero blanco
entre medio de los verdes
y tiernos tallos de trébol.
¡Ay!... mi garganta no puede
cantar ni balar siquiera:
yo me encuentro sobre el césped
acostado, estoy enfermo,
oigo un retintin alegre
de campanillas lejanas,
y sueño... no sé qué sueñe.

VII.

Dulcemente, en el fondo de mi pecho,
resuena el retintin de una graciosa
y bella melodía. Cancioncilla
primaveral: resuena, vuela en toda
la extension del espacio, vuela, vuela;
llega hasta donde ensanchan sus corolas
las más hermosas de las nuevas flores,
y si ves entre aquellas una rosa,
díle que yo de corazon le envío
mi cortés parabien y mis memorias.

VIII.

Hállase enamorada de la rosa
la mariposa,
que de volar no pára á su alrededor,
y á quien un rayo de oro reluciente
del sol poniente
la mima y acaricia con amor.

Mas la rosa ¿á quién ama? ¿por quién arde?
Quisiera yo saberlo: ¿es por ventura
al ruiseñor que canta en la espesura
ó al astro silencioso de la tarde?

Ignoro, pues, á quién ama la rosa,
pero yo os amo á todos con ardor,
rosa, rayo de oro, mariposa,
estrella de la tarde y ruiseñor.

IX.

Resuenan todos los árboles
y en todos los nidos cantan:
¿qué maestro es quien dirige
la orquesta de la enramada?

¿Es la canosa avefria
de pluma gris, que en su rama
está guiñando los ojos
con ademan de importancia?

¿Es aquel ave pedante
que, satisfecha y pagada,
sin cesar se balancea
y su eterno *cucú* canta?

¿Es la cigüeña, ese grave
animal que con su pata
produce rüido como
si dirigiese la banda?

No, en mi corazon es donde
aposentado se halla
el maestro que dirige
la orquesta de la enramada;
llevar el compás le siento
y creo que Amor se llama.

X.

"En el principio era el dulce
ruiseñor y cantó el verbo:

¡Psîquit! ¡Psîquit! Y al sonido
de sus canciones se abrieron
la margarita y el césped
y la violeta. En el pecho
se dió un picotazo y sangre
brotó encarnada, que un bello
rosal produjo, al que canta
su amor acendrado y tierno.

"A nosotros, pajarillos
de este bosque, nos ha absuelto
y redimido la sangre
que vertió su herida; pero
cuando el ave redentora
no cante más su perpétuo
amor á la rosa, entónces
no hay remedio, nos perdemos
los pajarillos del bosque,
todos y áun el bosque entero."

De este modo al gorrioncillo
alecciona el gorrion viejo
anidado sobre un roble.
La hembra, que ocupa el puesto
de honor, lanza sus *piu piu*
de la narracion enmedio.
Es muy mujer de su casa,
buena mujer de gobierno,
que hábilmente y sin enfado
cobija, empolla sus huevos.
El gorrïon, por su parte,
queriendo sus pasatiempos

aprovechar, les enseña
la doctrina á sus hijuelos.

XI.

La noche hermosa y templada
de primavera ha hecho abrirse
todas las flores, y como
mi corazon se descuide,
va á enamorarse de alguna;
pero ¿qué flor es posible
que me coja entre sus redes?
Los ruiseñores me dicen
en sus discretos cantares
que me guarde y desconfíe
de las violetas, tan tímidas,
tan modestas, tan humildes.

XII.

El mal se agrava; suenan las campanas
y pierdo la razon, mas no es extraño:
la primavera y dos hermosos ojos
contra mi corazon han conspirado.

La primavera y dos hermosos ojos
de nuevo me trasportan; pero alcanzo
que en tal conspiracion los ruiseñores
y las rosas están muy complicados.

XIII.

¡Ah! yo quisiera llorar,
llorar lágrimas de amor,
lágrimas llenas al par
de delicia y de dolor;
mas no lo podré lograr.

¡Ah! el deleite y la amargura,
la miseria y la dulzura
del amor ¡dulce tormento!
deslizarse en mi alma siento,
cuya dolencia áun le dura.

XIV.

Entre la yerba mira
la primavera
con sus ojos azules:
son las violetas,
que para un ramo
he cogido en el bosque
por donde vago.

Las cojo, pienso, y todos
los pensamientos
que viven y suspiran
dentro mi pecho,
todos los canta
el ruiseñor posado
sobre las ramas.

Todo lo dice en notas
sonoras, graves,
que á lo léjos resuenan
por todo el aire.
¡Así conoce
mi secreto más tierno
ya todo el bosque!

XV.

Cuando cerca de mí pasas;
apénas tan solo siento
que me roza tu vestido,
brinca de gozo mi pecho
y sobre tu hermosa huella
se precipita frenético;
mas cuando vuelves la cara
y me miras con tus bellos
ojos, tanto se amedrenta
que apénas seguirte puedo.

XVI.

La esbelta flor acuática se mece
en el lago con dulce balanceo,
y el astro de la noche la saluda
de languidez temblando y de deseo.

Confusa entónces la cabeza inclina
hácia las ondas, donde ve al instante

á sus piés reflejado el rostro pálido,
descolorido de su pobre amante.

XVII.

Si tienes buena vista
y miras mis canciones,
verás que en todas ellas se pasea
vagando acá y allá una linda jóven.

Si tienes oido fino,
fácilmente la oyes,
y sus suspiros, su cantar, su risa
tu corazon harán que se trastorne.

De su voz con el timbre
y con los resplandores
de su mirada, como yo turbado,
irás soñando errante por el bosque.

XVIII.

¿Quién te mueve á que te azores
errante de esa manera
las noches de primavera?
Has vuelto locas las flores.

Hállanse las margaritas
despavoridas, las rosas
turbadas y ruborosas,
las flores de lis marchitas.

¡Oh luna! ¡qué mogigata
casta de flores! Razon
tienen: una indiscrecion
he cometido insensata.

Mas ¿pudiera yo, no obstante,
saber que escuchaban ellas
cuando hablaba á las estrellas
con la embriaguez del amante?

XIX.

Cuando tus ojos azules
me miran con embeleso,
tan sonámbulo me dejan
que ni siquiera hablar puedo.

Cuando en tus azules ojos
pensando estoy, un océanoc
de pensamientos azules
inunda todo mi pecho.

XX.

Otra vez bajo el yugo
está mi corazon recalcitrante;
todo su antiguo enojo
se disolvió al instante:
una vez más mi pecho se restaura
de Mayo con el áura
y en él revive el fuego del amante.

Todavía paseo
tarde y mañana por las calles de árboles
más concurridas, y debajo cada
sombrero que allí veo
de paja, encontrar creo
el rostro de mi amada.

Otra vez á la orilla de las ondas,
otra vez me detengo sobre el puente...
pensando si por él, como otros dias,
su coche pasará rápidamente
y hallarán sus miradas á las mias.

Otra vez oigo sanas advertencias
de la cascada en el murmullo blando
y mi pecho comprende lo que dicen
las blancas ondas. Otra vez soñando
me he perdido en las sendas que se cruzan,
y otra vez con descoco
los pájaros se mofan
en los zarzales del amante loco.

XXI.

La rosa embalsama el aire;
pero si la rosa huele
los aromas que despide,
si el risueñor mismo siente
lo que agita nuestra alma
en los sollozos perennes
de sus canciones, lo ignoro;
mas la verdad entristece

con frecuencia, y aunque rosa
y ruiseñor emitieren
sentimientos que no abrigan,
tan engañadora especie
fuera, como en muchos casos,
digna de que se aproveche.

XXII.

Por lo mismo que te amo,
tu presencia huyo de suerte
que me privo hasta de verte;
pero no te enfades, no:
esa tu cara tan bella,
tan serena, ¿cómo habria
de armonizar con la mia
tan afligida de amor?

Por lo mismo que te amo,
tambien está mi semblante
bastante flaco, bastante
descolorido... y al fin
tú misma terminarias
por encontrarme hasta feo:
no te irrites si deseo
por consiguiente huir de tí.

XXIII.

Errante voy por medio de las flores
y con ellas dilátome yo mismo;

errante voy con tal sonambulismo
que vacila mi paso acá y allá.

¡Oh! dame tu sostén; de lo contrario
la embriaguez de mi amor me lanzaria
de repente á tus piés, amada mia,
cuando el jardin de gente lleno está.

XXIV.

Como tiembla la imágen
de la luna en las olas
impetüosas, mientras
sereno se remonta
el astro por la altura
de la celeste bóveda,
así marchas tranquila,
serena, amada hermosa;
pero tu imágen tiembla
de mi pecho en las olas
que con tanto ó más ímpetu
se agitan y zozobran.

XXV.

Una santa-alianza
mi corazon y el tuyo concluyeron,
y apretados el uno contra el otro,
se comprendian de comun acuerdo.

Sólamente ¡ay! la rosa,
esa pobre aliada que tu pecho

adornaba, salió casi aplastada
de tan cordial inteligencia enmedio (1).

XXVI.

Díme: ¿quién ha inventado los relojes,
la division del tiempo y los minutos?
Era un hombre sombrío:
toda una noche del invierno frio
se pasaba sentado meditando
y el trotecillo familiar contando
de los ratones y el rumor monótono
del gusano que röe la madera
de acompasada y especial manera.

Díme: ¿quién ha inventado el primer beso?
Era una boca por completo ardiente
de dicha y de ventura, que estampaba
sin pensar más que en eso
los dulces besos que el amor brindaba.
Era en el mes de Mayo sonriente,
cuando las flores del jardin nacian,
el ruiseñor cantaba
y los rayos del sol resplandecian (2).

(1) No cabe pensamiento más poético, más delicado, sin que deje de aludir con una sola palabra á las consecuencias, bastantes veces funestas, de las alianzas internacionales.

(2) El que inventó los relojes, esa inteligencia fria y positiva, y el que inventó los besos, esa boca ardiente de voluptuosidad, tienen en esta poesía una relacion y un contraste. El contraste es por demás notorio; la relacion, á nuestro modo de ver, con-

XXVII.

¡Cómo embalsaman los claveles! ¡cómo
enmedio un cielo de color violeta
las estrellas, enjambre de doradas
abejas, centellean!

De los castaños en la sombra luce
la villa hermosa y blanca; oigo la puerta
de cristales crujir, oigo el murmurio
de la voz más angélica.

¡Tiernos abrazos! ¡gratas emociones!
¡sensaciones de amor y encanto llenas!
Y cantan ruiseñores, y en acecho
están las rosas nuevas.

XXVIII.

¿No soñaba yo otras veces
la misma dicha? ¿No fueron
las mismas flores, los mismos
árboles, los mismos besos
y miradas? ¿No pasaba
así la luna por medio
de las hojas que ofrecian

---

siste en que el deleite del beso está siempre, no obstante, limitado por el curso inflexible de las horas y de los minutos. Nada escribe el poeta sin que tenga su correspondiente fondo filosófico, ó sea que, estudiando al escritor prusiano, descubrimos sutilezas en que acaso el mismo autor no se detuvo.

á nuestro cariño techo?
¿No hacian dioses de mármol,
lo mismo que hoy, en el suelo
una guardia silenciosa?...
¡Ay! sé bastante cuán presto
cambian estos seductores
y por demás gratos sueños:
sé muy bien cuál se marchitan
las flores, cómo el invierno
á los árboles rodea
de un manto de nieve espeso,
y cómo tambien nosotros
á enfriarnos llegaremos
y á ausentarnos y á olvidarnos,
nosotros que tan inmenso
amor tenemos ahora
y que de modo tan tierno
un corazon contra el otro
nos estrechamos frenéticos.

XXVIII (1).

Los dulces besos á la sombra hurtados
y á la sombra devueltos ¡cómo llenan
de embriaguez y de dicha el alma amante!
Mecidas por recuerdos que enagenan
y por presentimientos áun más gratos,

(1) En el texto que ha servido de base á nuestro trabajo aparecen con el mismo número de órden (XXVIII) esta poesía y tambien la precedente. No hemos creido oportuno rectificar la errata por no alterar la numeracion de todas las que siguen.

tambien en ese instante
nuestras almas dichosas
piensan del porvenir en muchas cosas.

Pero mucho pensar en esa hora
en que se está abrazado con anhelo,
es enojoso: alma querida, llora
más bien y busca en tu llorar consuelo.

XXIX.

Un rey anciano habia:
su corazon estaba ya extenuado,
su pelo gris, pero con una jóven
unióse en matrimonio el rey anciano.

Habia un bello paje
de pelo rubio, de carácter vario,
el cual llevaba á la consorte régia
la cola de su traje de brocado.

¿Sabes el cuento antiguo?
¡Es á la vez tan dulce y tan amargo
su recuerdo!... Los dos morir debieron:
se amaban los dos mucho, demasiado.

XXX.

Las imágenes que el tiempo
completamente extinguió
florecen de nuevo ahora

dentro de mi corazon...
¿Por qué el alma se me agita?
¿Qué es lo que hay en tu voz?

¡No me digas que me amas!
Sé que todo bajo el sol,
cuanto hay más bello en la tierra,
la primavera, el amor,
todo miserablemente
morirá sin excepcion.

¡No me digas que me amas!
¡Oh! no me lo digas, no:
abrázame sólo y cállate,
calle del todo tu voz
y sonríe, si mañana
traigo á tu contemplacion
este manojo de rosas
marchitas y sin olor.

XXXI.

Con la luz de la luna ébrias las flores
del tilo en torno su perfume esparcen,
y de los ruiseñores con el canto
retumba todo el bosque, todo el aire.

—"¡Qué dulce, amado mio,
bajo el tilo sentarse
cuando la luna rompe
su protector follage!
Repara en esta hoja:

su forma es semejante
á un corazon; por eso
entre todos los árboles
la preferencia al tilo
conceden los amantes,
y á su sombra la tierna
conversacion les place.
Pero tú te sonríes
como absorto en distantes
sueños. ¡Oh amado mio!
habla, pues, díme: ¿cuáles
son los nuevos deseos
que en tu corazon nacen?»

—"¡Ah! con placer te lo diré, mi amada:
quisiera que del Norte nos mandase
blanca nevada un viento seco y frio,
y que, envueltos con pieles, á los valles
y á los rïos helados en trineos
de diversos colores nos llevasen,
de alegres cascabeles al ruïdo
y al crugir de los látigos sonantes (1).

XXXII.

Esta noche en el bosque, al resplandor
de la luna, los elfos ví pasar;

(1) Aquí el poeta, que tanto estima la templanza del Mediodía, se muestra inconsecuente deseando una blanca nevada, los rios helados, el abrigo de las pieles y la carrera en trineo. No deja de ser un rasgo del caprichoso ingenio.

öí sus campanillas resonar,
öí de sus trompetas el clamor.

Sobre corceles blancos que llevaban
cornamentas de oro en la cabeza,
los elfos cabalgaban,
y los aires hendian
con tanta ligereza
que un tropel ahuyentado
de selváticos cisnes parecian.

Noté en la reina, que pasó á galope,
una sonrisa y cierto movimiento:
¿sonrïó de esta suerte
porque me vió de nuevo enamorado,
ó fue un presentimiento,
algun augurio présago de muerte?

XXXIII.

Por la mañana te envío
las violetas que en el bosque
he encontrado desde el alba,
y te traigo por la noche
todas las rosas que cojo
cuando el sol ya se traspone.

¿Sabes tú lo que pudieran
decirte esas bellas flores
en su lenguaje simbólico?
"Séme fiel desde que asome
el alba en el cielo y ámame
durante todas las noches."

XXXIV.

Tu carta no me da inmensa
inquietud ni es alarmante:
ya no me quieres; no obstante
es tu carta bien extensa.

¡Doce páginas y todo
con letra hermosa y metida!
Para dar la despedida
no se escribe de ese modo.

XXXV.

No temas que yo descubra
mi amor delante la gente
aunque mi lábio, á propósito
de tu hermosura, se extreme
en retóricas figuras
ó en amorosas hipérboles.
Este abrasador secreto
está cuidadosamente
escondido bajo un bosque
de flores. Si algunas veces
brotan chispas sospechosas,
no temas nada: la gente
de nuestro tiempo en las llamas
verdaderas nunca cree
y tomará todo esto
por poesía, como suele.

XXXVI.

Esos rumores de que llena el dia
la primavera, llenan
tambien mis noches y hasta en sueños suenan
á mi oïdo sus ecos, su armonía:
sólo que entónces, como en clima de hadas,
es más dulce y gracioso
el canto de las aves,
los aires más süaves,
y más ardiente y más voluptüoso
de las violetas el aroma; brillan
las rosas aun más bellas
y llevan glorias de oro como aquellas
cabezas de angelitos que en los cuadros
de iglesia pintan. Créome ser entónces
un ruiseñor y canto mis amores
á esas orladas rosas,
soñando melodías prodigiosas,
hasta que ya del sol los resplandores,
ya el cantar de esos otros ruiseñores
que murmuran enfrente á mi ventana,
me despiertan, en fin, por la mañana.

XXXVII.

Poco á poco, muy calladas,
por la bóveda celeste
con sus piececitos de oro

marchan las estrellas; temen
que se despierte la tierra,
la cual pacífica duerme
en el seno de la noche.
Allá escuchando aparecen
los bosques, y cada hoja
no es más que una oreja verde,
y el monte su largo brazo
de sombra soñando extiende;
pero ¿quién llama? Los ecos
de estos acentos con fuerte
emocion han retumbado
de mi pecho en las paredes.
¿Era la voz de mi amada
ó el ruiseñor sólamente?

XXXVIII.

La primavera está grave, severa,
hay tristeza en sus sueños: cada flor
parece penetrada de dolor;
de un sello melancólico está impreso
el süave cantar del ruiseñor...
¡Oh! no sonrías, no, de esa manera,
mi amada; más bien llora: con un beso
enjugarte una lágrima quisiera.

XXXIX.

¡Es necesario! ya debo arrancarme
del corazon que adoro tiernamente;

ya, pues, debo arrancarme: ¡si supieras
cuánto sufro al partir, cuánto me duele!

Por el puente va el coche; abajo el rio
lóbrego y mustio á su pesar se mueve
y una vez más le doy mi despedida
al corazon que adoro tiernamente.

Las estrellas desfilan en el cielo
como si todas mi dolor huyesen.
Adios ¡oh amada mia! dentro el alma,
do quiera que yo esté, tú estarás siempre.

XL.

Nuestros deseos florecen
y se marchitan despues,
florecen de nuevo y tornan
á marchitarse otra vez:
lo mismo le pasa á todo
en este mundo. Yo sé
muy bien esto, en menoscabo
de mi amor y mi placer.
Tiene tal inteligencia
mi corazon, es tambien
tan experto, que echa sangre
por dentro á más no poder.

XLI.

Es el aspecto del cielo
como el rostro de un anciano,

con escasa cabellera
de grises nubes flotando
sobre su redonda frente,
y un ojo solo encarnado.

Baja su vista siniestra
hácia la tierra; aquí abajo
se secan hojas y flores,
y el amor, los tiernos cantos
deben tambien marchitarse
en el corazon humano (1).

XLII.

Taciturno, sombrío,
el corazon helado,
recorro el mundo igual de triste y frio:
otoño ha terminado,
y todos los paisajes, medio muertos,
aparecen cubiertos
con húmedo crespon de espesa niebla.
Silban los vientos, azotando á un lado
y á otro aquellas hojas
amarillas y rojas
que desprenden los árboles: el bosque

(1) La comparacion del aspecto del cielo con el rostro de un anciano á quien no le queda más que un ojo, enfermo acaso de oftalmía, y con escasa cabellera cana como las grises nubes de la tarde, está llena de extravagancia; pero tambien de verdad pictórica. En las puestas del sol de la terminacion del estío se ve el cielo muchas veces de ese modo extraordinario, tan peregrinamente pintado por el poeta.

lanza un gemido leve;
de un vapor humëante la neblina
se cubre y, lo peor de todo, llueve.

XLIII.

Las nieblas del fin de otoño,
como fantasmas glaciales,
van cayendo lentamente
sobre el llano y sobre el valle.

La tempestad se apresura
á deshojar á los árboles,
que, á la manera de espectros,
desnudos y calvos yacen.

Un árbol solo, uno solo,
silencioso, triste y grave,
permanece sin embargo
cubierto con su follage;
y humedecido con lágrimas
de dolor que en torno esparce,
de vez en cuando sacude
su cabeza aun verdëante...

Mi corazon se asemeja
á este desierto paisaje,
y ese árbol hoy tan verde
como en Mayo, es vuestra imágen,

señora, imágen de vuestra
hermosura inalterable (1).

XLIV.

¡Un cielo gris y ordinario!
La ciudad siempre la misma;
siempre en el Elba, tan flojo
y tan torcido, se mira.

¡Largas narices que suenan
de la manera aburrida
y estrepitosa de siempre
y que hácia abajo se inclinan
con devocion falsa é hipócrita,
ó con presuncion se hinchan!...

¡Cuánto adoro vuestro cielo,
comarcas del Mediodía,
cuánto adoro vuestro hermoso
cielo y vuestras hermosísimas
deidades, al ver de nuevo
la ciudad siempre la misma,
y estos hombres insufribles
y tan insufrible clima!

(1) Esta es una verdadera poesía de *álbum*, galante, delicada, con toda la elegancia del estilo parisiense. Ya no es la amada á quien se tutea: la señora á quien se rinde culto es á quien el autor dedica esta preciosa y breve alegoría.

BIBLIOTECA
UNIVERSITARIA
DE
GRANADA

ÍNDICE.

	PÁGINAS.
Estudio biográfico	5
Dos palabras	41
Intermedio	51
Regreso	99
Nueva Primavera	163

Donado á la Biblioteca
Universitaria de Granada
en memoria del mal
grado poeta
BALTASAR MARTINEZ D

INDICE.

Se vende á **2 pesetas** en las principales librerías de España.